as Mujeres

DE LA

Independencia

por VICENTE GREZ



Santiago

Imp. de la "Gratitud Nacional"

1910

LAS MUJERES

DE

LA INDEPENDENCIA

LAS MUJERES

DE LA

INDEPENDENCIA

POR

VICENTE GREZ

SANTIAGO

IMP. DE LA «GRATITUD NACIONAL»

1910

SEGUNDA EDICION

Carta de D. Ricardo Becerra

Escritor i literato de Colombia

Sr. Don Vicente Grez:

Querido Colega i Amigo:

Envío a Ud. una sincera felicitacion por su ameno libro, *Las Mujeres de la Independencia*, que acaba Ud. de dar a la estampa i que ya leen con interés i agrado las jentes de letras i los amigos de las buenas tradiciones patrias, en que por fortuna abunda esta sociedad. Ud. nos trae en las pájinas de ese libro lo que Colon llevó a España a bordo de sus desmedradas carabelas, esto es, ricos granos de oro, piedras preciosas i muestras magníficas de una nueva

flora, todo ello recogido a la ligera en la breve pero grata escursion que Ud. ha hecho por una de las regiones de la historia americana, la mas bella, de las mas interesantes i hasta hoi poco menos que totalmente olvidada.

Yo al menos no conozco ningun trabajo serio, exclusivamente consagrado a investigar el estado social de la mujer americana durante los primeros años de nuestro siglo, i a describir la influencia que ella ejerció i la participacion que tuvo en nuestras luchas por la Independencia i en las de la transformacion interior subsiguiente; i, sin embargo, es un hecho indubitable el de que la mujer hispano-americana de aquella época, brilló en todas partes, así por sus gracias físicas, como por la ternura i magnanimidad del corazon, la viveza de la inteligencia i la elevacion del alma. Los viajeros europeos que lograban penetrar en este vasto i nuevo jardin de las Hespérides custodiado por el

dragon español, se sentian agradablemente sorprendidos al encontrar en cada metrópoli colonial una sociedad amena, llena de atractivos, novedad i encanto, en la cual la mujer desempeñaba, con incontestable señoría i predominio, el papel principal.

En la apartada ciudad de santa Fe de Bogotá, capital del nuevo Reino de Granada, era una mujer, doña Manuela Santa Maria de Manrique, quien al frente de un grupo de damas entre las que figuraban las Barayas i Ricauartes, las Barrigas i Gozanos, i recibiendo el respetuoso homenaje de los futuros redentores i mártires de la patria, Madrid, Ulloa, Salazar, Nariño, etc., ofrecia la hospitalidad de la tierra al viajero mas ilustre entre los que han completado con la investigacion científica, el prodigio del descubridor Colon. En la tertulia del *Buen gusto*, que así se denominaba aquella reunion, conocieron Humboldt i Bompland lo mas selecto de la sociedad bogotana; i

oyendo disertar a la misma doña Manuela sobre ciencias naturales i literarias, i Gutiérrez i Montalvo, sobre jurisprudencia, a Gozano i Ulloa, sobre las matemáticas, a Madrid, Manrique, Salazar, Garcia Rovera, sobre poesía i bellas artes, comprendieron hasta que punto la incontestable superioridad de semejantes colonos respecto del réjimen que los avasallaba i de los hombres que entonces desempeñaban el poder público, hacia inevitable i próxima una revolucion i un cambio radical en las cosas.

La sociedad caraqueña sorprendió no menos a otro viajero ilustre, el conde Segur, quien años mas tarde reflejaba así, en una de sus obras, la poesía i el encanto de sus recuerdos:

«La ciudad de Caracas se ofrecia á nuestros ojos con la necesaria majestad para terminar noblemente aquel cuadro; nos pareció grande, aseada, elegante i bien construida. Se calculaba entonces su poblacion

en veinte mil habitantes, pero se nos ha asegurado que un desastroso temblor i los furores en la guerra civil han hecho desaparecer aquella prosperidad, que solo una libertad prudente podia restablecer.

«Désoteur nos habia precedido con numerosos oficiales. Se nos esperaba i la cortesia española nos hizo una galante recepcion: a competencia nos ofrecian sus casas los caballeros; las damas abriendo sus celosias, nos saludaban desde sus balcones; fuimos acogidos, en fin, como cuentan los novelistas se acogian en otro tiempo los paladines en los castillos donde iban a reposar de sus empresas i aventuras.

«El Gobernador de la provincia, don Manuel Gonzalez, como hubiese sabido que yo era hijo del Ministro de la Guerra del Rei de Francia, me alojó en su palacio, recibiendo mañana i tarde a todos mis compañeros de armas con urbanidad, con una magnificencia verdaderamente castellana.

«El me presentó en las sociedades mas distinguidas de la ciudad, donde vimos hombres harto graves i taciturnos; pero en desquite, gran número de señoras tan notables por la belleza de sus rasgos, por la riqueza de su adorno, por la elegancia de sus maneras i por sus talentos para la danza i la música, como por la vivacidad de una coqueteria inocente que sabia hermanar la alegria con la decencia.

«Mis compañeros de viaje han recordado largo tiempo los encantos de Belén i Arestiqueta i de sus hermanas Isabel, Rosa i Teresa. En cuanto a mí, hiriome singularmente la extrema semejanza de una de aquellas mujeres, Rafaelita Ermenegilde, con la condes Julia de Polinac».

Iguales o parecidas impresiones transmitieron a sus lectores los viajeros que por ese mismo tiempo visitaron a Quito, a Lima, a las principalas ciudades del Alto Perú, a Santiago de Chile i a Buenos Aires. Don-

dequiera hallaron una sociedad, aunque embrionaria, llena de vigor i juventud, de anhelosas esperanzas, inquieta i desasosegada por la vision obscura, vaga pero constante de mejores i próximos destinos, siendo la mujer la que en ella atraia i fijaba de preferencia la atencion, por sus sentimientos mas intensos, su mayor gracia i naturalidad, i, sobre todo, por el raro conjunto de sus encantos personales. «Si hemos de estar en lo que nos cuentan los viajeros, decia años después el poeta inglés Moore, en esas regiones de Hispano América hai tantas estrellas en el suelo como en el firmamento i el corazón tiene tambien allí su zona tórrida».

Esta superioridad de nuestras madres no tardó mucho tiempo en ser expléndidamente compensada, pues apenas retumbó en el cielo americano el primer trueno de la desecha tempestad de 1810, cuando todas esas encantadoras deidades se apresuraron a depo-

ner sus galas, cortaron el hilo de perlas de su embriagadora sonrisa, i, animosas las unas hasta la osadia de la iniciativa, resignadas otras i temblando, pero todas creyentes, todas decididas, acudieron a ofrendar en el altar recien levantado de la patria, los pedazos palpitantes de sus soberbios corazones. Fueron ellas, antes que nuestros mas famosos guerreros, las que desempeñaron los papeles mas difíciles al par que mas dolorosos. La batalla que pelearon no tuvo treguas, fué silenciosa, recóndita, sin boletines ni clamores, sin mas terreno extratégico que el de las íntimas fibras del alma, ni mas auxilios que los de su propia debilidad, ni otra fruicion que las de sus plegarias religiosas. Y así obtuvieron la palma de la victoria, yendo hasta el cadalso las colombianas; aceptando la miseria, la deportacion i aun la muerte las de Venezuela, las de Quito i Lima, las de Chile i Buenos Aires. Todas se mostraron dignas de enjendrar hombres

libres y de libar en la copa de la vida con compañeras sobre cuyas almas solo el amor pudiese echar cadenas.

A las mujeres de esa época pueden aplicarse exactamente estos versos de Juvenal, en los que el poeta convierte en acíbar el recuerdo i castiga las miserias de su época, memorando los esplendores de otras ya pasadas.

«Antes una fortuna humilde bastaba a la virtud de las latinas: el trabajo, sueños cortos, manos fatigadas i endurecidas por la lana etrusca, Aníbal al frente de Roma i los maridos de faccion en la torre de la puerta de Colina, estorbaban al vicio el penetrar bajo los humildes techos».

Hé aquí, querido colega i amigo, el Olimpo en que usted ha penetrado, i en el que ha hecho una rápida, pero feliz escursion. Su libro, aunque breve, aunque poco anecdótico i desprovisto de fechas, filiaciones i citas (carencia esta última que lejos de dañarlo lo

recomienda, a mi juicio) interesa, deleita i lo que vale mas, transporta al lector a rejiones i a tiempos en los que hai verdadera sonoridad para las altas ideas i los pensamientos jenerosos. Usted ha hecho con su rápida revista de las madres i las vírjenes chilenas que se hicieron célebres desde 1810 a 1818, lo que Alfredo de Musset con sus paseos *aux flambeaux*, por las mas bellas galerias de cuadros del Louvre, esto es, bañar su pensamiento en la fuente inmortal de lo bello y de lo noble, para poderlo ofrecer así con esperanzas de buen éxito a cuantos gustamos de leer escritos agradables sobre temas dignos.

No nos da usted biografias fastidiosas atestadas de fechas de registro civil, ni se propuso, sin duda, hacer el estado moral completo de toda una época. Quiso tan solo pintar bosquejos i lo ha hecho felizmente, puesto que ha logrado dar a las principales figuras de su galeria, los toques de luz i

sombra, la expresion i la actitud a propósito para el buen éxito de la evocacion i para que el lector intelijente pueda penetrar en el interior de los hogares chilenos de 1810 i ver desfilar ante sus ojos las mas nobles entre las mujeres que entonces se inmortalizaron por las celebridades del corazon. Los bosquejos de la mujer i hermana de Carrera, por ejemplo, huelen a laurel, adelfa i mirto, i tienen ademas toda la resonancia de los sublimes gritos que lanzaron aquellas mártires ilustres.

No faltan reparos que hacer al fondo de sus principales juicios, i sea uno de ellos el de que la superioridad de nuestras madres no se explica tan cabalmente como usted se lo figura, por la incompleta educacion que ellas recibieron, cuanto por la ley histórica en virtud de la cual las humiliaciones que impone la esclavitud pesan con mayor intensidad de sentimiento sobre la mujer que sobre el hombre mismo, lo que hacia exla-

mar a Leopardi «aun nos queda una esperanza, ¡la indignacion de nuestras mujeres! Ellas nos negarán al fin el amor, sino sabemos ofrendárselo con toda la dignidad del hombre libre i que tiene una patria».

En cuanto a la forma literaria, esté usted muy seguro que no ha de faltar quien se adelante a advertirle que no se ha emperejilado usted tanto como se supone que es de rigor, ante los espejos de la retórica, i que hai en sus frases mas de una construccion viciosa. No dé usted gran importancia a tales críticas, i aunque sin confundirlas con lo que es debido al instrumento de que el escritor se vale, esté usted cierto de que las páginas de su libro son elegantes, de recibo entre las jentes de buen gusto i que no habrá quien no reconozca que habiéndose usted atrevido a mucho, no son, sin embargo, incoloras i sin aroma las flores que usted ha arrojado, al traves del tiempo i de la tumba, a los piés de las bellas i santas

entre las deidades que tienen altar i culto en el templo de la historia americana.

Su libro tiene tambien el mérito de juntar a un homenaje por el pasado, un tácito reclamo respecto del porvenir. Harto se comprende que usted al comparar épocas no se halla mui avenido con lo que pasa en la que le ha tocado vivir. Usted comprende que la influencia de la mujer no es hoi tan vasta i tan eficaz como debiera i que su sociabilidad, indispensable elemento de cultura i de ennoblecimiento para el hombre se encuentra actualmente mutilada i empobrecida hasta el extremo de no extenderse un punto fuera del hogar de la familia, i de ser triste, precaria, vacilante en el mismo reducido ámbito.

Lo dejaré a usted que juzgue del cambio que parece notar a este respecto, i me limito a reconocer que es poco menos que incomprensible i que en todo eso será odiosa i hasta temible cualquier sociedad en que

la mujer no figure como diosa en el hogar, i como reina, aunque constitucional, fuera de él. Pertenezco tambien al número de los que echan de menos las antiguas reuniones o tertulias de salon, al rededor de una mujer espiritual, expansiva é instruida, i declaro que renegaria una i mil veces de la democracia si fuera cierto lo que supone la aristocracia insulsa de algunos tontos, a saber, que ella excluye la cultura i refinamientos sociales, las grandes maneras, las afecciones delicadas e íntimas i sobre todo el discreto reinado i la perfumada atmósfera de una mujer bella, graciosa e inteligente. Afortunadamente nada está mas lejos de la verdad que aquel pretendido antagonismo, i basta para comprobarlo recordar, en cuanto a la teoria, que la legítima urbanidad no es otra cosa que la forma externa, artística i delicada del derecho, alma de la democracia, i en la historia, que jamas fué tan culta, tan varonil i tan noble la so-

ciedad ateniense como cuando la fecundó i amplió la democracia de Pericles, así como que el jenio italiano se exhibió vivo, sutil i delicado hasta rayar en el extremo de los *quodlibetos* i los *concetti* de lenguaje i los *cavalieri serventi* respecto de los hombres, mientras gobernaron en Florencia los espléndidos mercaderes *Médicis*, hijos de esa misma democracia i sus genuinos representantes en las bellas artes i en el comercio. I aquí mismo, entre nosotros ¿quién sino un demócrata es actualmente uno de los príncipes de la conversacion? El salon de Ambrosio Montt, centro i modelo de una esquisita sociabilidad, se abre sin exijir mas tarjeta de entrada que las que llevan la firma de la honradez de bien, el talento i la instruccion a cuantos de dentro i fuera del pais tienen un pensamiento en la cabeza i un poco de fuego en el alma, i allí se departe o se discute libremente, con las maneras i en el lenguaje de antiguos castellanos, a quienes reanima i enciende el cielo de nuestra zona.

No, no es cierto que las gracias del espíritu, los modales de la gran sociedad, el esmalte, en fin, de los ricos metales que entran en la composision del hombre culto, dañan a las severidades de la democracia, ni que esta sea incapaz de vestir el ceremonioso frac i calzar el perfumado guante para ir a los salones a poner a los pies de la mujer el homenaje de su admiracion i de su respeto. Por el contrario, es a los hijos de esa democracia a los que mas conviene estar bajo una influencia i una mirada, ante las cuales el alma se siente mas erguida, la independencia personal mas segura, es mas viva la intelijencia i el corazon mas alto i mas sonoro. La flexibilidad que el trato íntimo de las mujeres transmite al carácter del hombre, es la fiexibilidad del acero, impenetrable en la coraza que nos cubre, irresistible en la coraza que nos arma.

Madama Stäel se resistia con razon a creer en el prodijio social que se atribuia

a Federico de Prusia. ¿Cómo puede ser eso, decia, si ese hombre ni amó, ni fué amado de mujer alguna?

Hace usted muy bien, pues, en echar de menos aquellas reuniones en que las mujeres delicadas i sensibles ejercian una dulce i benéfica soberania, i en convidar tácitamente a la restauración de la sociabilidad tan bienhechora, sobre la cual, menester es confesarlo, han hecho tristes conquistas los clubs, el prosaico cigarro, i particularmente las funestas fatuidades del lujo, que después de suprimir a la Eva con los artificios físicos, pugnan por coronar su obra, completando la transformacion de la mujer en un *manaquí* vistosamente ataviado. Insista usted en esta jenerosa tentativa de restauracion, bien seguro de que aquellas lectoras con cuya emocion se declara usted de antemano satisfecho, se la darán en efecto mejorada con los mas delicados sentimientos de su gratitud.

Disimule usted que mi felicitacion por su libro me haya salido tan historiada i acéptela por su valor intrínseco que es el del afecto que profesa a usted su colega i amigo.

RICARDO BECERRA.

I.

La generacion de 1810.

Si se hubiera dicho a principio de este siglo a uno de aquellos avanzados políticos i filósofos que ya meditaban en la revolucion: —«Es necesario que deis a vuestras hijas una educación esmerada, ellas pueden llegar a ser tan útiles a la familia i a la sociedad como vuestros hijos varones»... es seguro que aquel hombre tan ilustrado os hubiera oido sin comprenderos i os hubiera mirado fijamente, compadecido de vuestra demencia.

Se ha creido siempre que la mujer chilena nació esclusivamente para el encanto i el cariño del hogar, para la administracion doméstica, para el cuidado de los hijos, cuando ha sido ella la que ha trasmitido de jeneracion en jeneracion las nobles virtudes que consti-

tuyen los distintivos esenciales de nuestro carácter: el amor a la patria que principia en la familia, el valor personal, hijo de las convicciones heroicas, la moralidad pública i privada fruto de los buenos ejemplos.

Por mas amigas del lujo i de la ostentacion que sean nuestras mujeres, son siempre económicas i arregladas. Hai orden en su derroche: entre nosotros no se ven maridos arruinados por sus esposas, ni padres arruinados por sus hijas; pero se ven frecuentemente mujeres arruinadas por sus esposos i padres arruinados por sus hijos. Entre nosotros la mujer es siempre lo que el hombre quiere que sea.

Pero las mas nobles cualidades de la mujer chilena permanecieron desconocidas hasta la grandiosa época de la revolucion. Fué solo entonces cuando se presentó en todo su relieve el alma de la mujer chilena. De en medio de la atmósfera conventual en que habia vivido, de entre el misticismo de la edad colonial, nacieron esas mujeres varoniles, heroinas tan grandes como los jenerales de la revolucion, i a quienes los hombres todavia no han levantado estatuas como si la abnegacion

i el heroismo de las mujeres no fuera digno del bronce i del respeto de los pueblos.

Talvez esas virtudes solo se recompensan en los hombres, porque son mas escasas entre ellos!

Muchas veces hemos querido esplicarnos el hecho sorprendente de cómo nació de aquellas mujeres creadas bajo el réjimen colonial la gloriosa i fecunda jeneracion de 1810 que derramó su sangre por la libertad de la patria, i que hasta ahora nos asombra por su fuerza singular, la exhuberancia de vida que en ella dominaba, su valor heróico i los elevados pensamientos que la engrandecieron. ¡Ah! era que nuestras mujeres ya habian principiado a educarse, como lo manifestaban las muchas mujeres instruídas que figuraron en la revolucion; era tambien que las grandes ideas de los filósofos del siglo XVIII llegaron hasta ellas, i fué tanto mas poderosa la impresion que recibieron cuanto mas hondo era el abismo de ignominia i de esclavitud en que vivian. Del contraste de esas dos situaciones brotó sin duda un gran pensamiento, una aspiracion sublime por crear una patria independiente i libre, i fué talvez

en ese momento supremo en que, engrandecida por una idea divina, nació la jigantezca jeneracion de 1810.

Hoi... hoi se asegura que la vida moral languidece, que el lujo ha llegado a corromper a nuestras mujeres haciéndolas amar la fortuna mas que la gloria, las comodidades materiales mas que la virtud i la abnegacion.

Si eso fuera verdad, seríamos un pais en ruina: cuando se corrompe el corazon de la mujer, se llega al embrutecimiento jeneral de la sociedad, se pierde el entusiasmo i la fe, viene la decadencia de las opiniones, de la literatura, i del arte, la ruina en todo! ¿Cómo soportaríamos las desgracias que nos sobrevinieron en una lucha como la de 1810? Aquellas mujeres aceptaron todos los sacrificios; éstas ¿los aceptarian? ¿Los aceptarian hoi que el culto del dinero ha llegado a ser no solo la religion de los hombres sino tambien la religion de las mujeres? Hoi que tanta importancia se da a la vida suntuosa i en que tan difícil se hace desprenderse de lo superfluo?

Por eso hemos querido recordar en estas pájinas algunos de los sacrificios heroicos

que realizaron las mujeres de la independencia, aquellas mujeres que amaban el deber mas que sus comodidades, la patria mas que la familia, la gloria mas que la seda i los encajes. I si es verdad que es útil recordar las grandes accciones porque ellas retemplan los espíritus i alimentan el fuego sagrado del entusiasmo, estas pájinas pueden ser útiles.

II.

Camilo Henriquez.—Su influencia sobre las mujeres.

En los dias de incertidumbres i de temores que antecedieron a la declaracion de la indepeadencia, los hombres mas atrevidos vacilaban i temian: vacilaban en presencia de lo enorme de la aventura; temian el fracaso de la empresa que seria la caida de sus cabezas. Los mas audaces se mantenian en una semi-oscuridad asomando apenas el perfil de su fisonomía a la luz clara de la aurora revolucionaria. Martinez de Rozas reconocia la soberanía de Fernando VII, creia que la América le pertenecia en propiedad siempre que viniera a establecerse en el centro de sus vastos dominios; don Luis Salas iba mas lejos todavia, declaraba que los chilenos debian obediencia a Fernando VII una vez

que fuera restituido al trono español, i que él seria el primero en prestarle esa obediencia. Don Bernardo Vera, uno de los hombres de mas injenio en su época, viéndose acusado de traicion i encerrado en un calabozo, imploró la clemencia de sus jueces con tanta humillacion i cobardia, que nos hace ruborizar a traves de tres cuartos de siglo.

En medio de estas caidas vergonzosas, de estas vacilaciones supremas, de estas timideces impropias de hombres que se habian comprometido en una empresa audaz i gloriosa, la revolucion corria en riesgo de fracasar si no se presentaba uno de esos salvadores providenciales, uno de esos caracteres poderosos que dominan los sucesos, que levantan el espíritu público a la altura del heroismo i de los sacrificios. No era posible realizar la independencia por medio de declaraciones indirectas, ni era posible mover las masas que se lanzan a las grandes luchas, empleando pequeños resortes mas propios de la intriga cortesana que de soldados i apóstoles de una gran causa. Ese hombre destinado a desempeñar tan importante papel apareció en medio del sombrío desconcierto

que amenazaba a la revolucion; i para que su influencia fuera mas eficaz i pudiera descender hasta las masas ignorantes i fanatizadas, apareció rodeado de un carácter inviolable: era un padre de la Buena Muerte, llamado Camilo Henriquez.

A la aparicion de Camilo Henriquez, todas las falsas protestas de adhesiones a la reyecía se estinguieron como por encanto: a las cobardes vacilaciones sucedió la propaganda desenmascarada i audaz que imprimió a la lucha este carácter indomable. Hubo un violento cambio de escena. Todos comprendieron desde el primer momento el papel grandioso que este hombre iba a desempeñar. Se notó un movimiento jeneral de asombro i de curiosidad, parece que aquella jeneracion se hubiera empinado para ponerse a la altura del nuevo apóstol.

Camilo Henriquez llegó asegurando que en el libro eterno de las naciones estaba inscrito el nombre de un pueblo nuevo, de una *república de Chile*, nácida a la libertad para engrandecimiento de la humanidad. Declaraba con franqueza i enerjía la necesidad de la independencia absoluta, fulminaba a

Fernando VII i a toda la raza de los Borbones calificándolos de tiranos i de autores de todas las desgracias de sus pueblos, ponia en relieve el hecho ridículo de que los chilenos, pudiendo gobernarse por sí mismos, fueran a solicitar la direccion de sus propios negocios a tiranos incapaces, a gobiernos arbitrarios i corrompidos que vivian a tres mil leguas de distancia de nuestro suelo.

Este lenguaje nuevo, valiente, verdadero, envalentonaba a los tímidos i exaltaba a los apasionados. Los escritos de Camilo Henriquez no solo se desparramaron por nuestras ciudades sino que pasaron pronto a la frontera de nuestro territorio i en Lóndres misma eran dados a la publicidad en Junio de 1811.

I este hombre de carácter, que fué el primero en lanzar audazmente la gran palabra de *independencia* que los mas valientes tenian oculta en el fondo de su alma, tuvo tambien sus horas de flaqueza, dejándose contajiar por el temor que dominaba a los gobernantes del pais, por los peligros que podria traer una actitud demasiado clara i sobre todo hostil a los derechos de Fernando VII, lo que esplica el por qué en el primer número

de *La Aurora* se veian estas palabras: *¡Viva la Union, la Patria i el Rei!* tributo pagado a las preocupaciones de la época. Pero pronto volvió a tomar la pluma del austero i valiente revolucionario i, desde entonces no se apartó de la senda que le trazaron sus puros antecedentes i su poderosa razon.

Ademas de su gran mision en la prensa, Camilo Henriquez ejerció una influencia benéfica en el pueblo: contribuyó a dar cierto carácter sagrado a la revolucion. Aquella jeneracion nacida a la sombra del cristianismo, acostumbrada a ver en el sacerdote al supremo juez de sus destinos, no pudo menos de creer justa i santa la causa revolucionaria que sostenia con tanta fe i entusiasmo ese fraile sublime. Las mujeres sobre todo eran misteriosamente arrastradas por aquella figura pálida i sentimental, de ojos ardientes i de sonrisa melancólica; las costumbres puras de Camilo Henriquez alejaban la natural desconfianza que su propaganda político-religiosa podria despertar, no se le temia, porque se revelaba en su fisonomía el alto ideal que constituia la aspiracion de su vida. La sotana negra que vestia, con una cruz roja sobre el pecho, único

traje de esa especie que se veía en toda la milicia sacerdotal, contribuia tambien a hacer de él una figura única.

Los servicios, que con su influencia entre las mujeres prestó Camilo Henriquez a la causa de la independencia, fueron inmensos: su actitud al frente de la revolucion debilitaba la propaganda subterránea que hacia una parte del clero a favor de los derechos del monorca español, al cual creia vinculado su poder y prestijio.

III.

EL SALON EN 1810.

Belleza i dominio de las mujeres.—Ana Maria Cotapos. Javiera Carrera.

Los salones de 1810 fueron las academias revolucionarias en cuyo seno se ájitaban las grandes i fecundas ideas que realizaron todos los prodijos de la independencia. En aquella época de sacrificios i de peligros, los hombres sacrificaban recíprocamente todas sus esperanzas a fin de mantener vivo el calor de su estusiasmo i de su fé.

Las mujeres eran el alma de estas reuniones peligrosas, i preciso es declararlo en su honor, jamas la frajilidad i lijereza de su sexo las llevaron a cometer una indiscrecion. Entonces supieron guardar graves e importantes secre-

tos. Parecia que desde el primer momento comprendian el papel que les estaba reservado en la revolucion, pues se necesitaba de todo el encanto, de toda la fascinacion que ellas ejercen en el espíritu del hombre, para mantener vivo el heroismo de la gran lucha i la resolucion de morir o vencer a todo trance.

I esas mujeres, que mecieron la cuna de la libre patria, eran dignas de inspirar los mas elevados sentimientos: parece que la naturaleza, en aquella primera aurora de libertad, se hubiera complacido en hacerlas mas bellas i esforzadas de lo que son i fueron jamas. Tan apasionadas o mas que los hombres, deseaban que las teorias revolucionarias se convirtieran pronto en hecho, querian ver formarse una gran patria i ser ellas las que dieran vida i aliento a los nuevos héroes. Los hombres que figuraban en la revolucion, la mayor parte mui jóvenes i mui hermosos, llevaban en su corazon un doble ideal, el de la patria i el de la mujer amada i por eso fueron directamente a la virtoria.

Se conservan como tipo de suprema belleza las fisonomias de muchas de las mujeres que en aquellas épocas figuraron por la influecia

que les daban su posicion social, sus talentos i enerjía, sus virtudes domésticas o el amor que inspiraron a los mas célebres caudillos. Maria Graham, la ilustre viajera inglesa que ha escrito tan hermosas pájinas sobre nuestra vida de entónces, manifiesta su admiracion en presencia de algunas de las mujeres que conoció; refiriéndose a la esposa de Juan José Carrera, la bella Ana Maria Cotapos, dice que al verla le pareció mas que una mujer «un sueño de esos que aparecen en la fantasia del romance. Sus ojos cautivaban i seducian a la vez; poseia una boca que ningun pintor ni el cincel de la escultura habria igualado en las *Hebes* i *Gracias* imajinadas por el arte».

I sin embargo en esa época, cuando Maria Graham la conoció Ana Maria Cotapos era ya una viuda de treinta i dos años i su belleza debia estar ajada por los sufrimientos i las desgracias. ¡Que ideal no realizaria esa mujer en los años de su espléndida juventud!

I el corazon de esta mujer admirable era todavia mas hermoso que su fisonomia: tierna, sensible, enamorada de su esposo, hizo del matrimonio una vida de sacrificios i de esfuerzos heróicos. Sus cartas escritas en los dias

de proscripcion son conmovedoras i afectuosas i revelan en cada línea la profunda pasion que la dominaba; leyéndolas ahora, despues de medio siglo, uno cree el sentir el calor de aquel gran corazon.

No fué menos el asombro que otros ilustres viajeros esperimentaron en presencia de Javiera Carrera. «Parecia una reina destronada», dice uno que la conoció en sus últimos tiempos. En efecto, pocos nombres femeninos de las historias americanas están envueltos en una atmósfera de gloria i desgracia semejante a la que rodea al de Javiera Carrera. Un nacimiento ilustre, una belleza de reina que hacia inclinarse ante ella a los mas indomables capitanes de la revolucion, una frente elevada que nunca consiguieron inclinar las tremendas desgracias que la azotaron, ojos en los cuales centelleaban todas las borrascas del alma, un talento i una instruccion notable para una mujer de su época, i un valor, una abnegacion i constancia dignas de un conquistador. Todos estos dones de la naturaleza, suficientes para hacer de esa mujer una gran figura, fueron despues realzados por el martirio, por la sombra del patíbulo de los Carreras, que ha dado

a ese apellido un tinte de melancólica grandeza.

Así, dominando en los salones mujeres tan brillantes, se comprede cómo los hombres de aquella época les concedieron influencias políticas en la marcha de los acontecimientos i como el espíritu de aquella jeneracion se elevó tan alto. Se habria querido ser un héroe solo para atraerse la admiración i el aplauso de semejantes mujeres.

A la edad apenas de veinte i cinco años ya era doña Javiera Carrera uno de los consejos i uno de los brazos de la conspiración libertadora. Su salón fué el verdadero hogar de la revolución. Allí se concentraron, buscando un confortable abrigo, todos los hombres i todas las ideas de la época; allí fermentaban las cabezas i tomaba cuerpo i brios la revolucion. Fué en este salon, mitad club i mitad asamblea, a donde una noche se desplegó a la vista de los concurrentes emocionados el nuevo estandarte de la patria, que debia reemplazar al español, i que se conoce en la historia con el nombre de la bandera de la *patria vieja*. Esa gloriosa insignia compuesta de tres listas azul, blanca i amarilla, fué confeccionada por

manos femeninas i segun todas probabilidades la idea fué obra esclusiva de doña Javiera Carrera. A la mañana siguiente se veia izada esa bandera al frente de algunos edificios públicos. Los revulucionarios, sin hacer el menor ruido ni ostentacion, habian derrocado en una mañana el pabellon español que desde hacia tres siglos flotaba sobre la fachada del palacio de los capitanes jenerales.

La república tenia ya su símbolo.

Se ve por ese paso tan atrevido la poderosa influencia que eta mujer ejercia en la revolucion. Alma ardiente i apasionada, amaba la accion, i desafiaba el peligro. Tenia por la gloria un amor loco. Casada dos veces con hombres que le eran mui inferiores como talento i carácter ¡ella que hubiera querido ser la esposa de unhéroe! reconcentró en sus hermanos todos sus sueños de predominio. De aqui talvez que amara en la revulucion, mas que la grandeza humanitaria de la empresa, la brillante posicion que iba a dar a su familia haciéndola árbitra de los destinos del nuevo estado por eso se la vió siempre atrevida e infatigable lanzando a su hermano en aventuras de una audacia loca. Creia que no era

egoista por que su pasion le impedia ver el límite en que la ambicion, cuando es gloriosa, se confunde con los grandes intereses de un pueblo. «Si hubiera sido un poquito egoista no estuviera envuelta en ruinas de que nadie puede librarme», escribia de Buenos Aires a su hermano José Miguel en Setiembre de 1817. No era efectivamente egoista en el sentido material; era jenerosa i jamas se detuvo ante un sacrificio: pero tenia el egoismo de su gloria i de su nombre.

En el círculo de la familia dominaban completamente sus opiniones. Sus tres hermanos, José Miguel, Luis i Juan José, a pesar del valor temerario que los distinguia, eran de una índole suave, sentimental, romántica; José Miguel, que habia desafiado solo con su espada al rei de España, obraba, sin embargo, muchas veces esclusivamente bajo la inspiracion de su hermana i no hai duda que ella constribuyó en gran parte a perderlos. Seria talvez una gran crueldad suponer que dos de los tres patíbulos fueron su obra, a pesar de que la historia tiene de estas crueldades en cada una de sus pájinas.

Pero, el destierro i la desgracia purifica-

ron a esta mujer de las faltas que talvez cometió. Jamas se ha visto llevar en el corazon un recuerdo mas doloroso durante una vida mas larga. Vivió 80 años; lo que es una grave falta en una mujer, especialmente en una mujer del gran mundo.

IV.

Los colores nacionales.—El gran baile de los Carreras.

¿Cuándo se enarboló por primera vez la bandera tricolor de la república?

Un historiador de traje talar, el reverendo frai Melchor Martinez, consigna en su *Memoria histórica sobre la revolucion de Chile*, que el glorioso tricolor fué enarbolado por primera vez el 30 de setiembre de 1812, aniversario de la instalacion del primer gobierno nacional. Otros historiadores sostienen que el estreno se efectuó en las fiestas de Corpus de 1813: pero el *Monitor Araucano*, anterior a esa fecha, manifiesta que la bandera blanca, azul i amarilla guiaba al ejército patriota ántes de aquella fecha.

Camilo Henriquez, que escribia magnífica prosa i detestables versos, compuso unas

cuantas estrofas a la exhibicion del estandarte en la expresada fiesta de Corpus—estrofas que no reproducimos por respeto a la memoria del célebre escritor—en las que se asegura que el estandarte tricolor habia ya conducido a la victoria al ejército patriota en los campos de San Carlos i Yerbas Buenas, es decir, el 26 de abril i el 15 de mayo de 1813.

La adopcion de ese emblema de la nueva nacionalidad produjo un verdadero entusiasmo i su estreno público fué considerado como la franca i resuelta iniciacion de una nueva era.

Los colores del estandarte nacional se popularizaron de tal manera que el llevarlos las señoras en sus vestidos llegó a ser una señal de buen gusto, de distincion i de homenaje a las ideas dominantes; los trajes de los niños se embellecian tambien con lujosas cintas tricolores. En aquella época la forma no era como hoi una cuestion accesoria, y los asuntos al parecer mas insignificantes revestian un carácter de augusta solemnidad cuando se relacionaban con la patria.

El 16 de julio de 1812 se declaró que todas las clases del estado secular usasen la es-

carapela tricolor que ya se habia dispensado al ejército. Este emblema de la nueva nacionalidad era tambien un lazo fraternal que debia unir a todos los defensores de su soberania. Estas cosas, que hoi talvez podrian estimarse como niñerias, como medidàs fútiles, dan a conocer el corazon de nuestros padres, sus inquietudes, su celo, su zozobras, i uno se siente dominado i conmovido por el respeto que merecen tales sentimientos.

Estas manifestaciones emblemáticas en obsequio de la nueva patriá tuvieron una alta importancia durante el gobierno de los Carreras, que se empeñaban en derribar todos los viejos símbolos de la tirania; los Carreras querian rejuvenecer a la vieja sociedad colonial dando vida y animacion a los salones, poniendo a las rancias marquesas del antiguo réjimen en contacto con las jóvenes damas que por su inteligencia, su instruccion, o los servicios que prestaban sus pàdres o esposos a la revolucion, estaban en situacion de adquirir o habian ya alcanzado un nombre ilustre.

No fué ajeno a estos propósitos el gran baile que los Carreras organizaron en cele-

bracion del aniversario de la instalacion de la primera Junta Nacional el 18 de setiembre de 1810.

Ese baile que fué uno de los acontecimientos de la época, tuvo lugar en el palacio de la Moneda, cuyos salones fueron arreglados por una comision de damas—a cuyo frente estaba Javiera Carrera—con una elegancia desconocida entre nosotros.

«En la portada principal del palacio de la Moneda, dice un historiador hablando de dicha fiesta, se habia colocado un lienzo ovalado en el cual se habia pintado el nuevo escudo de Chile. Este consistia en una columna dominada por un globo, sobre el cual habia cruzadas una lanza i una palma. Al lado izquierdo de la columna estaba un gallardo jóven vestido de indio; i a la derecha una hermosa mujer con el mismo traje. Encima de todo i a alguna distancia, se elevaba radiente una estrella. En la parte superior se leia: *Post tenebras lux;* i en la interior: *Aut consilio, aut ense.* Había entonces en el segundo patio de la Moneda, frente a la entrada, una gran ventana que tenia una primorosa reja de fierro con el escudo real

de España. Se pusieron muchas luces detras de aquella reja, habiéndose cuidado de cubrir con hojas de lata el escudo real, que así formaba una mancha oscura en medio de un espacio resplandeciente.

«Era evidente, murmuraban los realistas, que con tal fantasmagoria se deseaba simbolizar el ocaso de la monarquia» (1).

En otra parte del salon se leia esta inscripcion en letras doradas:

1810

ÚLTIMO AÑO DEL DFSPOTISMO.

Una mano realista agregó debajo:

I PRINCIPIO DE LO MISMO

refiriéndose a la personalidad altanera i dominante de los Carreras.

Fué notable el número de mujeres que asistió á este gran baile, distinguiéndose entre todas Javiera Carrera que ostentaba en su cabeza una guirnalda de perlas i diamantes, de la cual pendia una corona trastornada. ¡Hermosa i significativa alegoría!

(1) AMUNÁTEGUI - *Precursores de la Independencia*, tomo III, páj, 549.

Otra gran dama, Josefa Aldunate, vestia de *Libertad;* Mercedes Fuentecilla, de *Aurora,* (la aurora de la nueva patria), otras de indias, recordando talvez a los antiguos y tenaces defensores de esta tierra.

Entre los hombres se veian tambien elocuentes alegorias. Luis i José Miguel Carrera llevaban una corona de oro bordada en sus sombreros, sobre la cual caia con violencia una espada que debia partirla.

En aquella fiesta fantástica se hizo pública i valiente ostentacion del deseo que á todos dominaba: la independencia. Hombres i mujeres se confundieron en un solo pensamiento, en un estrecho abrazo, en una eterna promesa.

Esa alegre fiesta no simbolizaba el placer sino el sacrificio; talvez todos juraron mentalmente cumplir con su deber, i todos cumplieron su juramento, hasta las mujeres!

V.

Luisa Recabárren.

Uno de los salones mas célebres durante la época de la independencia fué el de la señora Luisa Recabárren de Marin, no sólo por la hermosura i talento de la dama que en él hacia los honores, sino mui principalmente por la importancia de las personas que ahí se reunian.

Podria decirse que ese salon fué el verdadero centro de los hombres de letras i de los pensadores de la revulucion. Camilo Heriquez descollaba en él como figura estraña i dominadora; su conversacion animada i fecunda agradaba á todos, especialmente a las mujeres a quienes seducia el contraste de la palabra ardiente con la fisonomia melancólica del fraile. Parecia un hombre dominado por una profunda pasion: sí, padecia de mal de

patria—seguian despues el doctor Vera, que podríamos llamar el poeta de la revolucion; hombre fino i amable, tímido ántes de la lucha, pero que no carecia de cierto valor en medio de la accion; Argomedo, carácter frio en apariencias pero apasionado en el duelo con Luis Carrera; Irisarri, crítico i polemista eminente, diplomático i hombre de estado. Tales eran las figuras principales de aquel salon histórico.

En medio de esa sociedad brillante, Luisa Recabárren ejercia el encantador dominio que da la belleza unida a las altas dotes del espíritu i del corazon. Seducido por tantos atractivos, un hombre de mérito, don Gaspar Marin, que despues habia de representar un gran papel en la revolucion, la hizo su esposa. Ella se casó enamorada; habia encontrado por fortuna un hombre que realizaba sus sueños de mujer; Marin, casi tan jóven como ella, poseia ademas esa otra juventud eterna que jamas se marchita con los años, la juventud de las grandes ideas i deseos.

En 1810, al iniciarse la revolucion, Marin tenia 33 años i apesar de su juventud era uno de los hombres mejor preparados por el

estudio del torbellino de la gran lucha (1). Carácter firme, valiente, siempre dueño de sí mismo, sus compañeros de colejio le habian bautizado con el título de *el romano*. En su juventud su lectura favorita habia sido las *Vidas de Plutarco*, o la *Biblia de los fuertes*, como dice Michelet. Despues se apasionó de Rousseau, bebiendo en él su elocuencia i sus principios.

La intimidad de Luisa con aquel hombre ilustre contribuyó a desarrollar sus fuerzas intelectuales elevándolas a una grande altura. Fué una de las mujeres de su época que conoció mejor la literatura francesa, cuyo idioma poseia con perfeccion; brillante en la conversacion i en la polémica, discutia cualquier asunto social o histórico, político o religioso, con una elevacion de criterio que asombraba a los hombres eminentes que frecuentaban su salon. Se asegura que fué ella, durante muchos años, el solo maestro de sus hijos; el éxito que obtuvo de su enseñanza es bien conocido, pues de ese hogar cariñoso

(1) Don Gaspar Marin nació en 1772 i Luisa Recabárren en 1777. Ambos nacieron en la Serena.

salieron intelijencias que han honrado a la república: Ventura Marin, el escritor i filósofo austero que consagró su vida a la meditacion i al estudio; Francisco, orador de mérito i hombre público de acrisolada virtud; Mercedes, una de las poetisas mas inspiradas i fecundas de América.

La reconquista española ofreció a Luisa Recabárren la oportunidad de dar a conocer las dotes admirables de su corazon; ante el triste espectáculo que ofrecia la ruina de la grandiosa obra de nuestra independencia, ella no se abatió un solo instante; tenia profunda fé en el resultado final de la empresa, i cuando todo parecia perdido, Luisa aseguraba que era imposible volver a esclavizar a un pueblo que habia probado, siquiera por una hora, las delicias de la libertad. Seria cuestion de mas sacrificios i de mas sangre, pero nunca se lograria borrar del corazon del pueblo el ideal de su independencia.

En Octubre de 1814, cuando los españoles victoriosos perseguian a los patriotas como el tigre persigue a su presa, Marin se vió obligado a ocultarse en un asilo retirado. Luisa siguió viviendo en su casa; pero por

la noche se deslizaba sola por las sombrias calles hasta llegar al apartado rincon en que se ocultaba el ilustre patriota. Algunas rápidas horas de felicidad dulcificaban los pesares de aquel noble infortunio. Sin embargo, estas entrevistas, tanto mas adorables cuanto que eran arrancadas al peligro, no pudieron repetirse mucho, i Marin decidió emigrar, como tantos otros, al otro lado de los Andes.

Luisa Recabárren tuvo que luchar desde entónces con una doble adversidad: la completa falta de recursos (sus bienes estaban confiscados por el gobierno español), i el golpe dado a su corazon con la ausencia de su esposo; pero los espíritus heróicos recobran nuevos brios en medio de las grandes desgracias.

Desafiando todos los peligros que la amenazaban, Luisa comunicaba a su esposo los acontecimientos políticos que podrian interesar a los planes de los emigrados, recibiendo de él igual retribucion. Cada vez que una carta de Mendoza llegaba a sus manos buscaba cautelosamente a los patriotas o los reunia en su casa para darles cuenta de lo

que su esposo le referia, reanimando así el abatido espíritu de algunos.

La propaganda de esta mujer animosa no tardó en llegar a los oidos de Marcó; se la puso en correspondencia con Manuel Rodriguez, porque entre los papeles de éste, capturados en Melipilla, se citaba a la señora Recabárren, (i parece que lo estaba realmente), i exijió de ella la entrega de ese importante medio de desbaratar la revolucion; pero todas las amenazas fueron inútiles. A fin de doblegar su carácter se la condujo presa al Monasterio de las Agustinas, el 4 de Enero de 1817, mientras se seguian los trámites de su proceso.

La hermosa prisionera debió sufrir amargamente en su encierro, pues en esos asilos monásticos se conservaba poderoso el viejo espíritu feudal de la colonia.

Pocos dias despues, el 12 de Febrero, la señora Recabárren salia triunfante de su prision; la república habia vencido a la colonia i Luisa podia ver realizado su ideal de patria.

¡Grandiosa epoca! Cuán dignas de ser amadas, de ser adoradas de rodillas, eran

aquellas nobles mujeres, que, olvidándose de que eran esposas i madres, se inspiraban solo en el amor a la patria! Así, con el ejemplo de su heroismo, engrandecian la familia e inculcaban en el alma de aquella jeneracion la idea del deber i del sacrificio, hoi al parecer tan debilitada.

VI.

Agueda Monasterio.

El 1.º de Abril de 1811, en medio del estruendo del motin Figueroa, tenia lugar en el teatro mismo de los sucesos una escena dramática i conmovedora: una dama distinguida, una mujer hermosa i jóven todavia, que olvidándose completamente del peligro que corria se lanzaba en medio del combate. ¿Cuál era la causa de tan heróica accion? Era una madre que buscaba a su hljo a quien se suponia herido o agonizante entre los combatientes.

Esa mujer vallente i abnegada, esa verdadera madre, se llamaba Agueda Monasterio de Lattapiat. Era oriunda de una antigua famllia colonial i esposa de un hombre distinguido, don Juan Lattapiat, brillante oficial francés que habia servido con gloria en la reconquista de Buenos Aires, a las órdenes de Liniers.

Tal fué el primer hecho público en que se dió a conocer el carácter de esa mujer que mas tarde habia de ser una de las glorias femeninas de la revolucion de la independencia.

Agueda Monasterio tenia 35 años a la fecha del suceso que acabamos de narrar, i era una figura noble, llena de altivez i de enerjia. Estrechamente unida a las ideas de su esposo se habia lanzado a servir a la revolucion en la esfera que le era posible: la espada del marido era terrible i prestijiosa, el carácter de la esposa tenia tambien la firmeza i resistencia del acero.

Careciendo del brillo i de las comodidades de la fortuna, su labor habia sido silenciosa, pero no por eso menos fecunda; educada en un hogar virtuoso i modesto, existia la mas estrecha armonia entre sus hábitos e ideas: de aquí provenia su gran fuerza moral, su inquebrantable resolucion ante el cumplimiento de un deber.

En su salon, modesto salon por cierto, no se reunia el mundo elegante sino esa sociedad mas séria, mas severa, que vive del trabajo i que debe esclusivamente a él las comodidades i placeres de que disfruta. Esa

sociedad constituia la fuerza democrática de la revolución; todos aquellos espíritus deseaban la independencia con la república.

En el centro de este grupo de obreros laboriosos se alzaba dominadora la señora Lattapiat: su talento, su carácter, sus virtudes i entusiasmo, la habian hecho naturalmente el jefe de aquella reunion de hombres austeros. Se asegura que su conversacion embelesaba; espresiva, elocuente, llena de imájenes, comunicaba a los que la escuchaban el fuego de su alma. Al lado de esa mujer, o mas bien al calor de su ardiente mirada, crecia su hija Juana, niña de 14 a 15 años, cuyo espíritu se abria a todas las emociones de esa vida tan ajitada. Madre e hija trabajaban unidas, velaban juntas escribiendo sobre la pequeña mesa del salon o de la alcoba... ¿Qué escribian? Cartas de aliento a los emigrados, comunicaciones que podríamos llamar oficiales, sobre los mas importantes sucesos del dia, pues, a esa mujer varonil no solo se le confiaban los mas importantes secretos, sino tambien las comisiones mas difíciles i delicadas, comisiones que desempeñó siempre con un tino i acierto asombroso.

La influencia i la actividad de la señora Lattapiat alarmó al fin a Marcó, se la amenazó i vijiló con el mayor cuidado. Ella no acobardó un momento: entre su tranquilidad i el triunfo de la revolucion se decidió por el primer sacrificio. Rodeada de espías se la sorprendió una correspondencia que dirijia a San Martin, que a la fecha se encontraba en Mendoza. A fin de arrancarle los grandes secretos de que era depositaria, Marcó la hizo encerrar en una inmunda prision e intentó martirizarla cruelmente. Aquel afeminado cubierto de encajes, i cuya espada de oro jamas se manchó con sangre en los combates, era de una crueldad feroz. Se propuso arrancar a toda costa los secretos que se negaba a revelar su noble víctima i preparó el suplicio.

Se elevó la horca en el costado norte de la plaza principal i se ordenó que antes de la ejecucion, el verdugo cortara la mano derecha de la niña Juana, por haber escrito con ella algunas de las correspondencias que le dictaba su madre.

Felizmente cuando el suplicio iba a consumarse, Marcó ordenó se suspendiera la ejecucion. ¿Cuál fué la causa de este perdon

inesperado? Hai quienes lo atribuyen a las influencias de algunos realistas i otros al temor de la indignacion que semejante suplicio despertaria en un pueblo ya prevenido i pronto a lanzarse en la revuelta.

La señora Monasterio i su hija fueron conducidas silenciosamente a su casa por algunos amigos. ¡Ai! ¡en vez de aquella mujer arrogante se les entregaba solo un glorioso cadáver!—La humedad del calabozo, las mil privaciones de que se la hizo víctima, las amenazas continuas, el sentimiento de ver perdida la causa de la patria, el patíbulo que se alzaba al frente de su prision, el martirio brutal de que se iba a hacer víctima a su hija, toda esta enormidad de dolores abatió su naturaleza, i al salir de la prision la señora Monasterio llevaba impreso en la frente el sello de la muerte. Apesar de ser una mujer jóven todavia, sus cabellos habian encanecido completamente; la pasion i el dolor habian echado sobre esa cabeza un blanco sudario. Murió pocos dias despues; seis dias antes de la victoria de Chacabuco. La naturaleza fué demasiado cruel con ella privándola de la dicha de presenciar ese gran triunfo.

VII.

ROSARIO ROSALES

Ejemplo sublime de amor filial.

Despues del triunfo de las armas españolas sobre los ejércitos de la república, es decir, durante la reconquista, muchos de los hombres que habian tomado parte a favor de la revolucion fueron condenados por Osorio a las prisiones o al destierro. Cuando las prisiones de la capital estuvieron repletas se recurrió a la deportacion, elijiéndose como sitio predilecto el presidio de Juan Fernández situado en la isla inmortalizada por Crussoe. En ese lugar los sufrimientos eran mayores i la muerte mas fácil: se moria silenciosamente i los nombres de las víctimas no podian despertar la compasion de nadie, pues se ignoraba el martirio. De

esta manera se desarmaba tambien a la venganza.

Entre los condenados a la muerte del destierro en los presidios coloniales, se encontraba don Juan Enrique Rosales, anciano honorable, que habia ocupado altos puestos públicos durante la república i que se encontraba enfermo, casi moribundo.

Ese septuajenario tenia una hija jóven i hermosa, llamada Rosario, la cual desde que supo el triste destino de su padre no vaciló en seguirle a su prision, ligando para siempre su brillante porvenir al del autor de sus dias. ¡No hai heroismo igual a los veinte años! ¡No hai enerjia semejante a la suya para conseguir tan jeneroso intento!

La empresa, sin embargo, era mas ardua de lo que ella se habia imajinado; creyó la cosa mas natural que una hija siguiera a su padre a la prision, pero no era así, se le prohibió acompañarle. Entonces la heróica jóven se lanzó de puerta en puerta para obtener ese favor; el favor de cuidar de su viejo casi un cadáver! pero fué rechazada en todas partes.

¡Hermoso espectáculo el que ofrecia aquella mujer jóven, adornada con todas las gracias del espíritu, con todos los atractivos de una figura encantadora, que perseguia con obstinacion su propósito i no se desalentaba ante las dificultades, las humillaciones i los mil peligros de su situacion! Se presenta delante de todos los poderosos del dia i les espone su exijencia; pero nadie la atiende. Suplica, exije, llora, todo inútilmente. Hasta los lacayos le cierran el paso. No ha habido calvario igual al de esa jóven.

Llega al fin el dia de la partida, i los deportados son embarcados a bordo de la corbeta *Sebastiana*. Cuando la enerjia mas viril se hubiera doblegado, ella no se desalienta un instante. Se presenta a sir Tomás Staine, comandante de la fragata inglesa *Bretona*, anclada en Valparaiso, i le ruega pida al capitan de la *Sebastiana* le conceda el favor de seguir a su padre. El marino se conmueve ante esa súplica tan noble i ante esa mujer tan bella i le promete obtener lo que solicita. El corazon castellano se dispone a la clemencia, no ante las lágrimas

de la hija, sino ante la solicitud del poderoso marino. La jóven llora de placer al saber que no se la separará de su padre.

Sin recursos de ningun jénero, no llevando consigo mas ropas que las que cubrian sus cuerpos (pues no era posible burlar la vijilancia española i el gobierno prohibia estrictamente los ausilios de la familia) los desterrados se pusieron en marcha para la desierta isla. Dos años habitó la jóven con su padre un rancho, espuestos a todas las intemperies del tiempo; dos años se alimentó con los frejoles de los prisioneros! Una noche un incendio redujo a cenizas su habitacion i miserable mobiliario. Entonces continuaron viviendo al abrigo de las grandes rocas, a la sombra de los árboles, hasta que el triunfo de la revolucion la condujo al seno de su familia. Aquel regreso debió ser una verdadera apoteósis a la virtud i a la perseverancia sin ejemplo de Rosario Rosales.

VIII.

Mercedes Fuentecilla.

Entre las mujeres hermosas de 1810, descollaba en primera línea Mercedes Fuentecilla (1). Sus facciones eran delicadas i graciosas, su cútis blanca i purísima, sus ojos i cabellos negros; sus ojos, especialmente, eran la espresion de su alma, ardientes, apasionados, deslumbradores; era imposible mirarlos sin inclinarse ante ellos. A los encantos de su rostro unia la majestad de su figura. Como lo ha dicho Maria Graham, las mujeres de aquella época parecian reinas. El traje en boga, en que dominada el desnudo; hombros i brazos descubiertos, aumen-

---

(1) Este apellido se ha trasformado ahora en Fontecilla que llevan todos los descendientes de aquella familia.

taba la belleza de las mujeres poniendo de relieve sus bustos.

El hombre mas notable de entónces, José Miguel Carrera, se enamoró de esta mujer i la hizo su esposa. Ella, enamorada tambien i seducida al mismo tiempo por la brillante posicion que se le ofrecia, unió su hermoso destino a ese genio del bien i del mal que debia lanzarla al través de todos los abismos i desgracias de su vida. Podria decirse que desde las gradas mismas del altar, sin despojarla aun de su blanco traje de novia, José Miguel Carrera condujo a su esposa al destierro, a los campos de batalla, i que las delicias de su luna de miel fueron los terrores i zozobras de los asaltos nocturnos i los gemidos de los moribundos.

Siguiendo a su esposo por toda la estension de la inmensa pampa argentina, formando parte del bagaje de su ejército, corriendo todos los peligros de tan tremenda situacion, dando a luz su hijo en medio del desierto, sufriendo el hambre i la sed,—¡ella que habia nacido rodeada de todas las comodidades i halagos de la fortuna!—soportaba alegre i contenta tan terribles pruebas.

Jamas las molestias de su vida errante, la pérdida de sus goces materiales, de su fortuna, de su familia, de su encumbrada posicion social, turbaron el sueño de esa heroica mujer; nunca sus labios dejaron escapar un reproche ni una queja. Enferma a veces, criando dos hijos, durmiendo entre dos cunas, su alma solo sufria ante el incierto porvenir de esos niños i el sombrío destino de su esposo. Amaba a ese hombre desgraciado, a ese espíritu fogoso, a ese jenio proscrito, con toda la fuerza del primer amor. Amenazada constantemente en su cariño por el recuerdo del doble patíbulo de Mendoza, en que perecieron Luis y Juan José Carrera, una secreta voz le decia que el mismo caeria derribado a su sombra. Cuando tales ideas asaltaron su mente, su pasion se transformaba en locura, hubiera querido estrechar eternamente entre sus brazos, aprisionándolo para siempre, a ese ser que se le escapaba, que huia en persecucion de un ideal imposible.

Las exijencias de la lucha en que estaba comprometido Carrera separaron un dia a los dos esposos; ella se fué a vivir en un

rancho solitario miéntras él seguia la serie de sus victorias i desgracias. Solo de cuando en cuando el destino unia por una hora a los dos esposos. Entónces un rayo de sol descendia sobre la pobre habitacion de Mercedes. Una noche, una de esas noches solitarias en que las pasiones profundas asumen de improviso un carácter violento e impetuoso, José Miguel Carrera vió en su pobre estancia una de esas apariciones que nos hacen soñar despierto. Era la esposa enamorada e impaciente que desafiando todo peligro iba a consolar el alma angustiada del guerrillero. ¿Cuántas veces se repitieron esas dulces sorpresas? Cuatro o cinco en el espacio de algunos años; aquellos corazones se comunicaban solo por el pensamiento. Las cartas de José Miguel Carrera a su esposa pasan de doscientas i en ellas se refleja la pasion i vehemencia que perdió a uno de los ilustres i al mas desgraciado de los chilenos.

Se cree que aquella mujer pudo hacer variar el destino de José Miguel Carrera disuadiéndolo de sus empresas temerarias; pero en el carácter dominante de este hom-

bre se vé que tal empresa habria fracasado. El amor obra prodijios indudablemente; pero Carrera jamas sacrificó al pié de ese altar el mas insignificante de sus proyectos, la mas pequeña de sus ambiciones. Ella lo comprendia demasiado i de ahí su silencio heróico; o talvez no quiso jamas ser un inconveniente a la gloria de su esposo. Esas almas jenerosas son siempre así, prefieren el sacrificio completo de su vida, tranquilo, sublime, silencioso, ántes que la incertidumbre de hacer cambiar un porvenir, de ser un obstáculo a la gloria del hombre amado.

En sus cartas, en sus cartas amables i encantadoras, se dibuja algunas veces una queja, como se dibuja una sonrisa en el rostro de una mujer que sufre.—¿No seríamos mas felices viviendo siempre juntos, educando a nuestros hijos, léjos de esta eterna zozobra?» No se atreve a mas: parece que arrepentida de su falta de valor ante el cumplimiento de un deber se hubiera dicho:—«¿Por qué he de ser yo un obstáculo a su gloria? ¡Dejésmoslo seguir su destino por terrible que sea!»

Miéntras tanto el desenlace de la trajedia se acercaba violentamente. En una de las raras visitas que Mercedes hacia a su esposo fué capturada por el ejército arjentino. La desgraciada habia llegado al campamento chileno el dia de la sorpresa de San Nicolás, la catástrofe que decidió del porvenir de Carrera. «Sorprendida i aterrorizada por el conflicto de aquel dia, se habia refujiado en la iglesia con las mujeres del pueblo; pero el jeneral Quintana, que se pagaba de ser un jentil caballero, envió un ayudante a tranquilizarla, diciéndole—«que aquella no era guerra de damas».—Dos dias mas tarde el caballeroso Dorrego restituyó su bella cautiva al jeneral chileno, enviándole con ella un cortés saludo (1).

Desde esa funesta sorpresa Carrera estaba perdido, i su esposa tan íntimamente ligada a él por el amor, era ya una viuda abandonada en pais estraño, con cinco hijos pequeños, sin amigos i sin recursos.

Carrera desesperado, impotente, llevando

(1) Vicuña Mackenna, *Ostracismo de los Carreras*, páj. 302.

en su corazon el peso inmenso de sus desgracias, i en su cabeza el fuego inestinguible de su jenio, se lanzó al desierto, a las tolderías indias, buscando aliados entre los salvajes de las pampas. Las tribus le proclaman *Pichi-Rei*. Emprende nuevas correrías; pero ya no dá batallas militares; no tiene ejército; es solo el jefe de montoneras, de hombres desmoralizados. Así, de caida en caida, aquel hombre que realizó como político i como soldado verdaderos prodijios, llegó hasta el patíbulo de sus hermanos i murió como ellos con todo el vigor de su juventud, sin haber podido realizar sus jigantescos propósitos.

Algun tiempo despues una mujer regaba con sus lágrimas esa tumba. Era Mercedes. Lo mas tremendo para ella era no haber podido recibir el eterno adios de los mismos labios de su esposo. Habria querido arrancar del fondo de la tumba aquel cuerpo idolatrado para darle un último i frenético abrazo. Para tranquilizarla fué necesario separarla violentamente de ese sitio i llevarla al hogar de sus hijos.

IX.

Las mujeres saben callar.

A principios de 1817, cuando San Martin i los emigrados organizaban en Mendoza el ejército de los Andes destinado a libertar a Chile, habia entre nosotros un hombre encargado de distraer la atencion del gobierno, para que aquel ejército pudiera pasar la mas elevada cordillera del mundo sin ser molestado. Ese hombre desempeñó de tal manera su empresa que se hizo un verdadero héroe de romance. Inició una guerra de tinieblas i de sombras; una guerra verdaderamente impalpable. Los españoles, apesar de sus esfuerzos estraordinarios, no podian dar caza a ese ser misterioso, que los desorientaba con la rapidez de sus correrías i sobre el cual se circulaban las versiones mas contradictorias. La mitad de la gloria del paso de los Andes se debe a Manuel

Rodriguez; sin sus servicios el ejército libertador pudo haber sido despedazado entre los peligrosos desfiladeros de aquellas montañas, que solo permiten marchar uno o dos hombres de frente.

Marcó reconcentró toda su atencion i todos los elementos bélicos de que disponia en destruir esta sombra que le atormentaba hasta en su mismo lecho; temia mas al enemigo desorganizado del interior que al poderoso ejército que se reunia en la falda oriental de los Andes; pero, ¿cómo dar alcance a ese fantasma cuya sombra apénas se dejaba diseñar?

—Ayer ha pasado por aquí, decian los campesinos; iba al trote de su negro caballo; su blanca barba ocultaba su rostro. Era un fraile capuchino rodeado de penitentes.

—Nó, ayer estuvo en Santiago, decian otros; abrió personalmente la puerta de la carroza de Marcó i le ayudó a descender. Ha sido él: cuando ya habia desaparecido, se han recordado los rasgos de su fisonomia.

¿Cómo sorprender i capturar a ese misterioso jénio del bien o del mal?

La accion de aquel fantasma se dejaba sentir en todas partes; era una figura jigantesca que saltaba las zanjas, que cruzaba los bosques, pasaba los rios a nado o sobre los lomos de su infatigable cabalgadura; pedia hospitalidad en los conventos, en los ranchos o en los palacios; por la mañana estaba al frente de su montonera i por la noche bailaba *contradanza* o *gavota* en algun salon de Santiago, i sin embargo, nadie le veia o mas bien nadie queria verle, pues habia un interes universal en ocultarlo.

Las mujeres eran detenidas en los caminos públicos por los soldados españoles que perseguian a Rodriguez, se les interrogaba si habian visto pasar a la sombra, se las amenazaba; pero jamas hubo una delacion. Las mas ignorantes campesinas comprendian que esa vision servia sus intereses, que ese perseguido fantasma era un fantasma amigo.

Las grandes damas de Santiago eran arrastradas a las cárceles, San Bruno, el furioso ajente de la tirania agonizante, las amenaza e insulta brutalmente. Pero las mas severas indagaciones, las mas violentas pesquisas no descubrian nada. Todas las mujeres, señoras

i plebeyas, se empeñaban en borrar con su pié la huella que dejaba en los caminos el infatigable guerrillero, i sin este admirable complot del silencio femenino la espada invisible de Manuel Rodriguez no habria podido señalar a los libertadores la senda de la victoria.

Manuel Rodriguez ocultó a Marcó el paso del ejército libertador; pero a su vez las mujeres de entónces ocultaron al héroe; i con su silencio hicieron de él un personaje casi misterioso o fantástico.

X.

Paula Jara Quemada.

En la tarde del 19 de Marzo de 1818, San Martin, rodeado de algunos oficiales i soldados, se internaba por el valle de Maipo con direccion a Santiago. El aspecto del jeneral i de su tropa era el del abatimiento; una nube de tristeza i de duda cubria aquellas fisonomías varoniles. Era la tristeza de la derrota que el ejército patriota acababa de sufrir en Cancha-Rayada.

De improviso el jeneral es detenido en su marcha. Un estraño grupo de jinetes le intercepta el paso, i una dama, montada sobre un brioso caballo, una verdadera amazona, le dirije la palabra ofreciéndole ese grupo

de bravos para reemplazar las bajas que la derrota acababa de hacer en sus filas (1).

Esa inesperada aparicion femenina era la señora doña Paula Jara Quemada, dama opulenta, entusiasta, patriota, que al tener conocimiento de la desgraciada sorpresa que habia sufrido el ejército chileno reunió a todos los inquilinos i capataces de su hacienda de Paine i poniéndose a la cabeza de ellos con sus hijos e hijas salió al encuentro de los vencidos alentándolos con el ejemplo de su valor i abnegacion.

I no era solo ese pequeño continjente de hombres el que la señora Jara Quemada iba a ofrecer a los vencidos, sino tambien todos los víveres de su hacienda, la magnífica ca-

---

(1) Un distinguido artista chileno, don Nicolás Guzman, autor del cuadro *La Muerte de Pedro Valdivia,* ha concebido la idea de trasladar a la tela esta grandiosa i sencilla escena. La señora Jara Quemada, al frente de su pintoresco ejército i rodeada de sus hermosas hijas, hará el más encantador contraste al lado del otro grupo de soldados vencidos i desalentados que mandaba San Martin. Se verá ahí a la mujer comunicando al hombre su entusiasmo i su fé en uno de los momentos mas supremos.

ballada i las espaciosas casas de Paine, que fueron trasformadas en el cuartel jeneral del nuevo ejército que se reorganizó.

Dias ántes de la escena que acabamos de narrar, el espíritu de aquella mujer estraordinaria se habia presentado en toda su grandeza revelándose la fuerza de su patriotismo i abnegacion.

Una tarde, al caer ya la noche, ve llegar a su casa de Paine a uno de sus mas estimados i antiguos amigos que venia a pedirle hospitalidad. Era un patriota perseguido que buscaba un asilo seguro en aquella casa perdida entre las fragosidades de un mal camino i oculta entre las tupidas arboledas de un antiguo parque; un niño de seis años acompañaba al errante viajero (1).

La señora Jara se conmovió ante aquel noble infortunio, i sin pensar un instante en los peligros que tal huésped podia traerle, le ofreció la jenerosa hospitalidad que acostumbraba.

---

(1) Ese niño se llamaba Manuel Montt, que mas tarde habia de ocupar los mas elevados puestos de su patria.

Una mañana ve llegar la señora Jara una partida de soldados españoles; creyendo se presentaban en busca del patriota que ocultaba, se lanza fuera de su casa acompañada de su servidumbre, resuelta a impedirles el paso.

Los soldados no buscaban a nadie; ignoraban que allí se ocultaba un patriota; venian solo en busca de provisiones.

—Queremos las llaves de las bodegas; dice adelantándose el oficial que mandaba la tropa.

—Las llaves no las entrego a nadie, contesta la altanera dama; si usted quiere provisiones las tendrá en abundancia, pero le prohibo penetrar en mi casa. Yo sola mando aquí.

El oficial encolerizado ante aquel obstáculo mandó a su tropa hacer fuego; pero la heróica mujer se precipitó sobre ellos llegando a tocar con su pecho las carabinas tendidas horizontalmente. Los soldados vacilaron asombrados ante aquel heroismo.

El oficial desconcertado ordenó entónces el incendio de la casa.

La señora Jara señalándoles el fuego que ardia en el brasero les dice:

—Ahí tienen Uds. el fuego.

El oficial ordenó a su tropa la retirada; talvez repugnaba a su espíritu sacrificar a esa mujer varonil.

Terminada la guerra de la independencia la señora Jara se dedicó esclusivamente a la práctica de la caridad. Fué uno de los espíritus mas abnegados de su época. Despues de haber contribuido a la libertad de su patria trataba de libertar a los oprimidos de la miseria.

XI.

Manuela Rozas.

Se ha hecho con justicia un gran timbre de honor para esta ilustre mujer el hecho de que perteneciendo a una familia compuesta casi en su totalidad de realistas, se mostrara sin embargo una de las patriotas mas vehementes i axaltadas de la época; pero es preciso recordar que era sobrina de Juan Martinez de Rozas, i que las ideas de este hombre eminente sedujeron a la entusiasta joven, arrastrándola del lado de la revolucion, cuya causa abrazó sirviéndola siempre con abnegacion i valor.

Esta resuelta actitud tenia entónces una importancia que hoy no se puede calcular, sino recordando que el realismo—o sea la contra revolucion—tenia en cada familia, por no decir en cada casa, un abogado sin-

cero i ardiente que combatia las nuevas ideas i predicaba la resistencia. Por amor a Fernando VII—mas que a la monarquia, a la España o al réjimen implantado en las colonias—el realismo conservó siempre un poder estraordinario de resistencia. Fernando VII fué talvez el monarca español mas querido entre nosotros, como que fué el más combatido; se le amaba por su desgracia, su debilidad i el despojo de que se le habia hecho víctima. A tres mil leguas de distancia, aquellos golpes al monarca llegaban precedidos de un eco de compasion que resonaba con fuerza en el sensible corazon de las mujeres. De ahí, del fondo de ese sentimiento jeneroso, sacaban los realistas su mayor fuerza.

La mujer ha sido siempre en semejantes ocasiones la palanca impulsiva o repulsiva de los acontecimientos; ha detenido o precipitado los sucesos segun el impulso de sus ideas o a medida que su corazon ha latido con mas violencia o con mas calma. Influyente i dominadora en el hogar, una lágrima o un suspiro le ha bastado muchas veces para desbaratar las empresas mejor combinadas; deteniendo amorosamente en su lecho

al esposo comprometido en el complot o pintando, con esa sencillez i ternura encantadora de que ella sola posee el secreto, el desamparo de los hijos i la sublimidad de los deberes de la familia sobre todos los demás. Fácil es, pues, dejarse arrastrar por esas suaves corrientes del afecto.

Bajo este punto de vista son doblemente dignas de admiracion las mujeres que como Manuela Rozas se lanzaron con enerjía a una empresa arriesgada, desoyendo las observaciones i los ruegos del cariño, de las preocupaciones o del egoismo, i no escuchando sino la voz de su corazon.

La señora Rozas prestó a la causa de la independencia no solo la valiosa cooperacion de sus trabajos personales, de la influencia de su nombre i de sus relaciones, sino tambien de su fortuna. Entre nosotros—es mui fácil encontrar héroes dispuestos a dar por la patria su sangre, pero es muy difícil encontrar quienes le den su dinero. Lá señora Rozas llevó ambas ofrendas al altar de la revolucion.

Los trabajos de nuestra heroína fueron al fin conocidos del gobierno español: ella no

hacia misterio de sus ideas ni se ocultaba para propagarlas, como hoi es de moda. Se la amenazó con castigarla severamente sino observaba otra actitud. Su respuesta arrogante a esta primera amonestacion de la tiranía se hizo popular:—¿Intentais castigarme porque amo a mi patria? Podeis hacer lo que querais, pero jamas lograreis estinguir en mi corazon ese sentimiento.»

Desde entónces se la espió con la mas estricta vijilancia. Los ajentes españoles rejistraron muchas veces su casa en busca de supuestas correspondencias o de algunos refujiados sospechosos. Se suponia tambien que existia oculto un considerable depósito de armas, de que se aprovecharian los patriotas en la primera oportunidad. En una de esas visitas investigadoras fué sorprendida por San Bruno en el momento en que leia una importante carta de los emigrados. La señora Rozas, sin vacilar un instante, se comió la carta, i luego, dirigiéndose a San Bruno, le dijo con burlona sonrisa:—«Ahora podeis hacer mi autopsia».

Despues del triunfo de Chacabuco, San Martin fué a visitar con su estado mayor a

esta hermosa i distinguida dama: el soldado de los Andes deseaba conocer personalmente a las mujeres que habian prestado servicios a la revolucion. La señora Rozas salió al encuentro del jeneral i en el gran patio de la casa (1) se dieron un afectuoso abrazo. La señora Rozas conservó durante toda su vida el mas ardiente interés por lo que se relacionaba con la gloria i progreso de su pais. Vieja, enferma, víctima de todos los achaques de una edad avanzada, su patriotismo no se debilitó jamas. Vivia con su pensamiento en los dias gloriosos de nuestra independencia, que ella consideraba como los mas felices de su existencia. Hasta en el último año de su vida, en vísperas de su muerte, celebró el aniversario de Chacabuco, i era sublime ver levantarse en un estremo de la mesa de la familia, a esa anciana gloriosa que pronunciaba un brindis en homenaje a aquella fecha inmortal.

(1) La casa que habitaba la señora Rozas es la núm. 109 de la calle de la Catedral, la misma que hoy ocupan sus descendientes.

XII.

Maria Cornelia Olivares.

No fué Santiago el solo centro de la revolucion en que la mujer desempeñó un heróico papel: Maria Cornelia Olivares, a quien podríamos calificar de *el tribuno femenino* de la independencia, nació en Chillan, i ejerció en su ciudad natal una influencia benéfica. Para comprender a esta mujer es preciso recordar que nuestras provincias del sur fueron no solo el teatro de las luchas mas sangrientas de la revolucion, sino tambien el centro en que los realistas poseian adhesiones mas poderosas.

Maria Cornelia Olivares no era en 1817, época de su mas activa propaganda, una mujer jóven, pero era una mujer hermosa todavia. Hablaba con una facilidad estraordinaria, era casi elocuente; su fisonomía movible y espresiva contribuia a dar a su palabra un

colorido verdaderamente seductor. En los salones se la buscaba para oirla; era vehemente, fogosa i de una audacia temeraria. Predicaba en todas partes, hasta en la plaza pública, el odio a los estraños opresores de la patria, i exhortaba a todos a la lucha, sin temer las consecuencias a que tal conducta podia arrastrarla. «Hombres i mujeres, decia, deben tomar las armas contra los tiranos. La libertad a todos beneficia, todos deben amarla i defenderla». Parecia a veces una mujer iluminada, encargada de alguna mision providencial como Juana de Arco.

Los españoles alarmados con la propaganda de este adversario, poderoso por su misma debilidad, la amenazaron con encerrarla en una prision sino guardaba silencio; se la prohibió salir de su casa. Puede decirse que la autoridad fué amable i cortés con ella, talvez a consecuencia de antiguas relaciones i parentescos con realistas influyentes. Ella despreció todos los peligros i un dia se lanzó a la plaza a predicar la revolucion.

La amable condescendencia de la autoridad terminó ese dia, i para castigarla se meditó una burla cruel.

Era algo característico de aquella tiranía su persecucion a las mujeres i su empeño tenaz por ridiculizar a todas las que por su heroismo i entusiasmo podian interesar a la multitud i arrastrar próselitos. Se creia talvez que el ridículo en política como en literatura era un arma mortal cuando se esgrimia contra la mujer.

María Cornelia Olivares fué, pues, reducida a prision; se la condujo de su casa a la cárcel con gran aparato, i se la insultó brutalmente por el camino. Un grupo de pueblo que trató de seguirla fué dispersado por la tropa. En el interior de su prisión le raparon el cabello i las cejas, i a fin de envilecerla, la exhibieron en la plaza pública de Chillan, desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde.

Esta cobarde violencia hizo de ella una heroína i una mártir, las dos formas mas hermosas de la gloria. El pueblo, que la admiraba por su valor i patriotismo, la adoró desde entonces por su martirio. Los españoles aseguraban que se habia vuelto loca i que al cortarle los cabellos gritaba i ahullaba furiosa. El hecho es completamente falso. Esa mujer

sublime no pronunció una sola palabra durante su martirio; su actitud fué altiva i desdeñosa, i solo cuando algunos soldados se burlaban de ella en la plaza pública, les contestó estas palabras:—«La afrenta que se recibe por la patria en vez de humillar engrandece».

¡Sí, decia la verdad! Maria Cornelia Olivares fué una heroína, una mártir, una inmortal. O'Higgins, por decreto de 2 de diciembre de 1818, la declaró *ciudadana benemérita de la patria.* La afrenta la habia glorificado.

XIII.

Candelaria Soto [1]

En un hermoso fundo de campo situado cerca de la ciudad de Concepcion, vivia en 1817 el anciano don Mauricio Soto, ciego i achacoso, casado con la señora doña Manuela Guzman. Al lado de ellos vivia su hija Candelaria, que a la edad apénas de diez i siete años formaba el orgullo i las delicias de sus padres.

El gobernador español de la ciudad de Concepcion conoció a esta jóven notable por su hermosura i cuya gracia i discrecion era superior a su belleza, i se enamoró de ella.

Hombre sin escrúpulos i de pasiones verdaderamente brutales, creyó alcanzar sus pre-

---

(1) Estractada de una de las cartas que el señor don Juan Egaña dirijia a su hija desde su destierro de Juan Fernandez.

tenciones dominando por el terror a esta desgraciada familia. A fin de realizar sus propósitos hizo llamar al señor Soto a la ciudad de Concepcion; pero siéndole imposible cumplir con dicha órden por el estado de su salud, mandó a su esposa acompañada de su hija.

Inmediatamente se presentaron al gobernador, quien haciendo la mas seductora cortesía a la bella jóven, reconvino a la madre sobre que su hacienda era asilo de patriotas, donde se reunian a tertulias.

Contestó la señora Guzman que tal acusacion era falsa i aun casi imposible, estando la habitacion retirada de los caminos reales.

Despues de varias otras observaciones el gobernador se dirijió a donde Candelaria, diciéndole:

—¿I vos tambien sois patriota? Hé aquí una lástima en una jóven tan bella (tomándole la mano).

—Señor, dijo la jóven, habiendo mi madre justificado su conducta no creo que debo dar cuenta de mis ocultos pensamientos.

—Señora, añadió el intendente, dirijiéndose a la madre de Candelaria, esta insur-

jente es tan linda como obstinada. Aquí no hai mas remedio, sino que la habeis de dejar dos meses en mi poder, i yo la convertiré; este es negocio que corre de mi cuenta.

La señora ofendida é indignada por tanta infamia dirijió un insulto al gobernador, miéntras la jóven le decia:

—Yo os juro que solo con la muerte me arrancareis del lado de mi madre.

—Está bien. Aguardad mis órdenes en vuestra casa.

Esta escena convenció al gobernador que doña Candelaria era inaccesible a la seduccion, i que la juventud sostenida por la razon, es la edad de las virtudes. Pero aun faltaba otra gran prueba: esta era la del *tribunal de infidencia*, en que parecia imposible que una jóven de diez i siete años, pudiera luchar con el aparato i realidad de esas crueldades, a cuya vista temblaban los hombres mas valientes.

Reunióse en su palacio este espectro de tiranía, i en el silencio de la noche i con todo el aparato del terror, hizo conducir de su casa a la magnánima jóven con su madre; i despues de dejarla considerar por un rato

el horrible espectáculo de aquellas furias se hizo entrar a un letrado, confidente del gobernador, quien del modo mas grosero i aparentando que no veia a su víctima, le dijo:

—Venga acá la traidora del rei i desertora de su bandera.

—Soi una niña que nunca he salido del lado de mi madre, dijo ella, para que me imputeis faltas que solo podrian cometer los que manejan los negocios políticos.

—Servireis de escarmiento, contestó el juez; para que sepan los insurjentes que no hai sexo, edad o condicion que los exima de su delito. Idos i aguardad mis órdenes.

En efecto, al dia siguiente una partida de caballeria al mando de un oficial se presentó en su casa. Era la hora de la comida i la familia se encontraba al rededor de la mesa.

—Busco a doña Candelaria Soto, dijo el oficial entrando.

—¿A doña Candelaria o a su madre? respondió ésta sobresaltada.

—Imponeos de este pliego i cumplid sus órdenes.

La angustiada madre tomó el pliego, leyólo i quedóse inmóvil.

Contenia la órden de encerrar a la jóven en la fortaleza de *Penco:* un subterráneo profundo i pantanoso en el cual apénas se encerraba por quince dias a los mayores criminales.

—Mi hija no irá sola a esa prision, dijo la madre, yo la acompañaré.

—Tengo órden de conducirla sin otra compañia que la de tropa, respondió el oficial.

—Pues yo sabré burlar tanta infamia, dijo Candelaria tomando de la mesa un cuchillo para darse la muerte.

El oficial, a pesar de su dureza, sintió el predominio que tiene la inocencia i la hermosura en los momentos de su dolor; i manifestándose algo conmovido accedió a que la madre acompañara a la hija.

Diez i siete dias vivieron sumerjidas en el terrible calabozo, hasta que el oficial i los soldados de la guarnicion no pudieron resistir a la compasion que les causaba esa horrenda venganza las dejaron huir.

XIV.

ANTONIA SALAS

El ánjel de la caridad.

Si alguna vez necesitó Chile que el ánjel de la caridad i del consuelo estendiera sobre él sus alas protectoras, fué durante los años de la guerra de la independencia. Habia entónces un pais estenuado por una lucha sangrienta e interminable, una poblacion de viudas i de huérfanos, de harapientos i de inválidos, un pueblo que sufria todas las grandes desgracias que impone el cumplimiento de los santos deberes.

En medio de esas horas de angustia apareció una mujer animosa, uno de esos espíritus celestes creados esclusivamente para el bien; una de esas mujeres que tienen alas i que llevan consigo, como una atmósfera propia, ese encanto irresistible i misterioso

que hace nacer la dicha en los corazones desgraciados, i brotar la fé en el alma incrédula.—Esa mujer se llamaba Antonia Salas.—Tenia a la fecha, en 1810, veintidos años. Sin ser una mujer hermosa era una mujer agradable, lo que vale mas que la hermosura sin espresion. Su fisonomía era dulce i triste; parecia que los sufrimientos de la humanidad se reflejaban en ella.

La infancia de esta jóven se habia deslizado en medio de los mas nobles ejemplos de abnegacion; hija de un hombre que habia sido uno de los grandes benefactores de la colonia, don Manuel Salas i Corvalan, fundador del Hospicio de Santiago, acompañaba diariamente a su padre a las visitas que hacia a los establecimientos de caridad, a las cárceles i presidios. En esa noble escuela su corazon se retempló con el ėjemplo i con los sufrimientos, i aceptó la vida por su faz mas elevada i jenerosa.

Su corazon sensible a todas las desgracias, palpitaba tambien entusiasmado por las ideas de libertad que dominaban; hija de una familia de patricios, de revolucionarios i de mártires, sufrió todas las consecuencias

de su posicion. Su padre i su esposo jemian en los calabozos o en el destierro i ella los consolaba, les procuraba recursos i lo que valia mas en aquella época, les comunicaba por medio de esos ardides injeniosos, en que son tan hábiles las mujeres, el verdadero estado de la revolucion.

La época de la mayor personalidad de la señora Salas fué, sin embargo, posterior á la independencia, i si la hemos consignado entre las mujeres ilustres de aquella época ha sido por haber iniciado entónces su vida de abnegacion.

No hubo desde 1815 hasta hace apénas veinte años, una sola calamidad pública en que no figurara la señora Salas repartiendo su fortuna, organizando suscriciones, cuidando a los apestados o a los heridos, comunicando a todos el aliento de su grande alma.

En la epidemia de viruelas, que diezmó a Chile en 1820, la señora Salas trasformó su chácara de San Rafael en un hospital de variolosos, de que ella se hizo la directora. Sus hijos vivian en las salas contiguas a los enfermos. El egoismo del amor maternal

no lograba debilitar su caridad. Sacrificaba no solo su vida sino tambien sus afectos mas íntimos i profundos, en obsequio de sus semejantes.

En el terremoto de 1822, la señora Salas habitaba las casas de Popetas.— Inmendiatamente despues de la catástrofe, su primer arranque fué ir en auxilio de las personas que podian necesitar de socorro; pero entre los escombros de su mismo hogar tenia una víctima, uno de su hijos mas queridos que exhaló en sus brazos el último suspiro.

La accion de esa mujer se hacia presente en todas partes: en los lúgubres dias de las guerras civiles, despues de la batalla de Loncomilla, no pudiendo prestar personalmente sus servicios, por encontrarse enferma, envió a sus hijas a los hospitales de sangre para que cuidaran de los heridos miéntras ella organizaba recursos en Santiago.

Jamas se vió entre nosotros una fé mas ardiente. Era una de esas mujeres que hacen el bien sonriendo, que se deshacen de sus joyas, de todas esas queridas frivolidades tan necesarias a las mujeres, a trueque de

enjugar una lágrima! No pertenecia a ninguna secta: hacia el bien a católicos i a herejes sin preguntarles sus creencias sino sus males. Por eso cuando murió todos los hogares de Santiago, a donde habia viudas i huérfanos, se cubrieron de luto.

XV.

El gran dia de O'Higgins.

El dia 5 de Abril de 1818, miéntras se libraba en los llanos de Maipo la batalla mas reñida i talvez la de mayores consecuencias para los destinos de la América, Santiago ofrecia el aspecto mas sombrío; la fisonomía de la ciudad se asemejaba a la de un reo en capilla. Esperaba ver entrar por momentos a los vencedores o a los vencidos. La ciudad estaba desierta, solo habian quedado en ella las mujeres i los niños, los ancianos i los heridos;—¡los gloriosos heridos de Cancha Rayada!

Como un contraste misterioso, la naturaleza sonreia: el cielo estaba azul, puro, trasparente; un sol ardiente lo iluminaba todo. Era el espléndido sol de Maipú. «Las aves—dice un testigo de aquel dia—cantaban como

de costumbre en los huertos, i el perfume de los naranjos en flor embalsamaba la brisa.» Sí, la naturaleza sonreia como que ella sola poseia el secreto de ese dia, el secreto de nuestros destinos.

O'Higgins acababa tambien de abandonar la ciudad. Dominado por la terrible fiebre que le causaban sus heridas i los continuos insomnios de sus noches de trabajos, i mas que todo talvez por el sentimiento de no ser útil a la patria en ese gran dia, no habia podido sofocar su ardor i saltando sobre su caballo de batalla se dispuso a salir de la ciudad. El pueblo asombrado rodeó al héroe. No habia entre esa animosa pero impotente muchedumbre un solo brazo aprovechable en aquellos supremos momentos. Los viejos soldados cubiertos de heridas lloraban de impaciencia; los cadetes, niños de diez a once años, pedian a gritos se les condujera al lugar de la batalla; las mujeres, mas violentas que los hombres, pedian armas. ¡Ah! las mujeres, olvidadas en ese instante de su debilidad, rodeaban a O'Higgins i le comunicaban la fiebre de su delirio. Entre esas mujeres habia muchas de elevada posicion

social. Al fin O'Higgins se puso en marcha rodeado de sus cadetes. Queria llegar oportunamente para presenciar la apoteosis de la victoria o morir en medio de sus viejas i gloriosas lejiones. Mas de una de esas mujeres al ver partir a los soldados infantiles que rodeaban a O'Higgins se inclinaron hácia ellos para besar su frente. Eran los adioses de las madres.

Momentos despues se escuchaba en Santiago el ruido lejano de la batalla. Todos los corazones palpitaban violentamente dominados por la mas terrible ansiedad. Las mujeres oraban. Aquella oracion suprema ¿llegó hasta el trono del Dios de las victorias?

XVI.

El último cañonazo de Maipo.

Vicuña Mackenna asegura en su magnífica descripcion de la batalla de Maipo, que el último cañonazo del último de los episodios de ese gran combate fué disparado por una mujer heróica i desconocida.

Ese acto estraño, único en las batallas, fué motivado por el empecinamiento del cuadro del batallon Burgos que se resistia á rendirse. El jeneral Freire, que fué el primer sableador de su época, habia cargado varias veces sobre esa tropa de imponderable valor, pero los viejos castellanos «erizaban sus bayonetas sobre el pecho de los caballos i quedaban sólidos i silenciosos como una barrera de peñascos.»

Esos soldados no habrian sobrevivido a su derrota, si Rodil, que tan célebre se hizo despues en el sitio del Callao, no los forma

en columna i se retira con ellos. Cuando los soldados se pusieron en marcha, una campesina de la hacienda de Espejo puso a los fujitivos en confusion, con un rasgo casi increible de patriotismo i de valor.

Desfilaba la columna española por el sendero que de las casas de Espejo conducia al camino real de Melipilla— dice aquel historiador—cuando una mujer, una huasa jóven todavia i arrogante, notando que los acobardados artilleros habian abandonado por el cansancio de las cabalgaduras, un cañon cargado frente a su rancho, salió de su cocina con un tizon, arrimólo al estopin, i la metralla barrió la retaguardia de la columna en retirada.

La historia no ha conservado el nombre de esta mujer animosa como no conserva los de tantos otros héroes humildes a quienes la fosa comun oculta para siempre junto con sus virtudes i sacrificios. ¿Esa mujer no refirió su hazaña a nadie que pudiera escribir su nombre sobre un papel? Talvez lo hizo. Pero en aquella época heróica no se daba valor a tales hechos.

XVII.

Las heroínas anónimas.

Hemos narrado a la lijera la historia de algunas de las mujeres que sobresalieron en la época de la independencia por su entusiasmo jeneroso, sus sacrificios heróicos, sus servicios a la revolucion, su virtud i abnegacion por la familia o el cumplimiento de un deber cualquiera; pero aun quedaria mucho que referir si nos propusiéramos contar tambien todos los actos de abnegacion ejecutados por mujeres desconocidas, pero no por eso menos meritorios. Habia entónces un mundo de sacrificios i de esfuerzos tanto mas dignos de admiracion cuanto que no tenian ni la recompensa de la gloria.

Trataremos de narrar algunos.

*
* *

Se sabe que despues de la derrota de Rancagua el degüello fué espantoso. Aquella resistencia heróica que un puñado de hombres hacia a todo un ejército, habia desesperado a los españoles; por eso cuando destruyeron los últimos obstáculos i entraron en la noble i vieja ciudad, iban ébrios de venganza i dominados por ese sentimiento de placer bestial que carateriza a las soldadezcas desmoralizadas.

Las mujeres aterrorizadas ante aquellas hordas se refujiaron en la iglesia de San Francisco; pero los vencedores la invadieron a caballo. El vértigo de la sangre i de la lujuria cegaba a los soldados. Los niños eran degollados i las mujeres violadas. El presbítero Laureano Diaz refiere en su relacion de aquellos sucesos que una linda jóven era desnudada i violada en medio del templo! una mujer murió de vergüenza i de horror; otras supieron matar a los miserables con sus propias armas; pero la mayor parte de las mujeres murieron asesinadas, pues prefirieron el martirio a la ignominia. En mu-

jeres tan creyentes como las nuestras, aquella doble profanacion de la virtud i del templo debia anonadarlas de espanto. La indignacion hizo prodijios. Una niña de nueve años enterró un puñal en la garganta de un soldado que insultaba a su madre. Los niños, cuando se indignan, tienen a veces las fuerzas de los jigantes.

*
* *

El 25 de Abril de 1814 los prisioneros de Juan Fernandez agonizaban de hambre; los víveres se habian concluido i los pocos que quedaban se destinaban esclusivamente para la guarnicion. En ese dia los prisioneros reunidos en una asamblea de hambrientos, elevaron al gobernador una solicitud pidiendo para su manutencion un caballo moribundo. El gobernador despachó favorablemente la solicitud pero... al dia siguiente. Habia esperado que muriera el caballo.

Ese mismo dia, el 25 de Abril de 1814, una madre de tres niños, viéndolos en peligro de morir de hambre, decidió ahorcarse para que su cadáver pudiera alimentarlos. Habia ya colgado un cordel de una corpu-

lenta encina cuando estremecida a la vista de un niño de pechos que alimentaba con su seno i que falleceria infaliblemente, comenzó a vacilar en el acto de su fatal ejecucion. Esta perplejidad dió lugar a que fuera encontrada i retraida de su atroz designio.

*
* *

Todos los grandes sentimientos tomaron en la época de la independencia un vuelo jigantesco. La mujeres no solo se sacrificaban por la patria sino tambien por el amor. Amaron entónces como parece no han vuelto a amar después. Hé aquí un rasgo.

Un jóven recien casado fué arrancado violentamente de su lecho para ser conducido a Juan Fernandez, a bordo de la corbeta *Sebastian*, que conducia a muchos otros reos.—¡Reos del crímen de querer tener una patria!

La jóven esposa, fuera de sí, loca de dolor, se lanza sobre un caballo para alcanzarlo; pero su debilidad era mui superior a los esfuerzos de su amor; llegó, pero llegó cuando su esposo estaba ya encerrado en la corbeta. Al apearse del caballo una violenta fatiga la hace caer desmayada; se la resti-

tuye a la vida; pide i consigue un bote; ruega i apresura a los remeros; llega a la corbeta i ahí con cuanto tiene de espresivo el dolor i de sensible el amor i la hermosura, llora i clama porque se le permita acompañar a su esposo o por lo menos decirle el último adios. ¡Era imposible! La jóven desesperada se lanza al mar i hubiera perecido ahogada si un humilde i abnegado pescador no consigue salvarla.

Uno de los prisioneros políticos de Juan Fernandez (1) referia despues a su hija en una melancólica i tierna carta, que todas las tardes veia al héroe de esta narracion a la orilla del mar, sentado sobre una roca, contemplando el retrato de su esposa i perdiendo despues su mirada en el espacio infinito que lo separaba de ella. Es posible, agregaba, que ese peñasco sea el mismo donde el amante de Julia i compañero de Anson recordaba tantas veces la tiernas memorias del Valais!

---

(1) Don Juan Egaña.

XVIII.

A LAS MUJERES

—

(Final).

Seríamos afortunados si las mujeres que lean este libro sintieran palpitar su corazon de simpatía por algunas de las heroínas que en él figuran. Esas mujeres abnegadas que sacrificaron en obsequio de una gran causa todos sus goces i todos sus afectos—hasta los de la familia—bien merecen un recuerdo!

¡Jóvenes! si alguna vez llega para la patria un momento supremo como el de 1810, imitad a las mujeres de entónces. Ellas no estaban preparadas como vosotras por la educacion, i sin embargo el peligro las encontró vigorosas i sonrieron en su presencia, como los ánjeles sonrien ante la muerte. No tenian una patria i la crearon. Ellas hicieron un héroe de cada hombre.

¿Cómo realizaron tantos prodijios?—Tenian corazon; esto es, tenian fé i entusiasmo.

Entre vosotras no han existido grandes literatas, ni grandes damas, sino mujeres de corazon. La historia del gran mundo santiaguino no recuerda que haya existido jamas un abanico o un corsé célebre; nuestro *Versailles* ha sido *Las Cajas* i allí no se tiene memoria desde Cano de Aponto hasta Marcó, de que una dama santiaguina haya dado un nombre a un peinado, a un descote o siquiera a una cola de vestido. Nuestras mujeres han brillado solo por la grandeza de sus sentimientos; i es ese el gran libro heráldico que da derecho a la nobleza.

Conservad vuestro corazon, no importa que no conserveis vuestra elegancia ni el gusto refinado que os distingue, i sereis siempre las inspiradoras i aun las iniciadoras de los hechos sublimes.

Michelet, preguntábale un dia a Ballanche, qué era la mujer—¿Qué es? dijo reconcentrándose un momento el viejo i místico novelista, ¡es la *iniciativa!*

En efecto, recorramos la historia de la humanidad i la de nuestro propio corazon, i

veremos dibujarse en su fondo la mano o la sonrisa de una mujer que es la iniciadora de los grandes i pequeños actos.

¿Quién odia i quién ama como ella? ¡Sobre todo quien ama! El jérmen del amor universal, del amor de la familia, del amor de la humanidad, está en su corazon tan poderoso i fecundo hoi como hace diez mil años. Podrá llegar un dia en que se estingan todos los sentimientos, en que no haya amistad, en que se odien los hermanos, en que los mismos hijos miren indiferentes a sus padres; pero sobre la ruina de todos esos afectos se alzará puro e inestinguible el gran amor de la mujer:— el amor de la madre.

Por eso debemos engrandecer i elevar ese espíritu que contiene esencias tan inmortales i divinas.— ¿Cómo?— Alejándola de la vida frívola i perezosa, impidiendo que desde su infancia aje i marchite las flores de su alma i de sus virtudes i que, bajo la máscara adorable de un falso amor, se la haga instrumento del odio i de las pasiones de los hombres.

JUICIOS
DE
VARIOS EMINENTES ESCRITORES
SOBRE ESTE LIBRO

I.

En nuestro pais hai jóvenes escritores de brillante intelijencia, de copiosa instruccion i de buen nombre literario que tienen guardadas en caja de hierro sus plumas i que las miran cubrirse de moho sin conmoverse, sin sentir el deseo de tomarla en las manos i sin avergonzarse de estar entregados eternamente a un sueño perezoso i helado que postra i paraliza toda actividad intelectual. Parece que no quisieran vivir un segundo mas allá de la tumba. No se esplica de otra manera ese sueño perpétuo de la intelijencia humana. El señor Vicente Grez hasta ayer ha pertenecido a esa numerosa lejion de dormilones. Su injenio salado, picante i sarcástico, que brillaba de tarde en tarde en los diarios políticos, habia rodeado su nombre de una atmósfera halagüeña; pero su labor no pasaba de una que otra ocurrencia festiva de su injenio, fecundo en sátiras, que a veces tenian el filo i el veneno de una flecha indiana. El señor Grez sonreia en la prensa con sonrisas terribles, luchaba en política con el sable de Brissot i manejaba una pluma hiriente i juguetona que hacia saltar sangre en medio de una carcajada. Desde aquellos tiempos hasta hace algunos dias dormia, i dormia con paso sepulcral. Es necesario decirlo

en público, el señor Grez era un flojo sempiterno cuando se trataba de literatura. Era preciso moverlo i aguijonearlo para que pudiera escribir.

¡Gracias al cielo que hoi despierta!

Hoi ha subido al proscenio literario llevando en sus manos un volúmen de cien pájinas. *Las mujeres de la revolucion*, de intachable impresion, de forma encantadora, galante como su autor, adornado con buen gusto i perfumado como una flor. Es un ramo hecho con arte i elegancia i que el señor Grez pone a los piés de las románticas santiaguinas. Nuestro querido amigo ha querido principiar sus publicaciones tejiendo una corona de jazmines a las mujeres; pero no a ésta de ojos de hurí, a esa rubia i escitante o a aquella voluptuosa de mirada quemante como el sol, sino a todo el bello sexo sin escepcion; para todas tiene alguna galantería, algun pensamiento delicado.

Demos una ojeada sobre las pájínas de él con permiso de las bellas.

II.

El señor Grez ha elejido un tema orijinal i que se presta a gran desarrollo.

Dirijió sus miradas a la época mas gloriosa de nuestra historia, a la sublime epopeya llamada *Revolucion de la independencia*, que se ofrece a la vista de los chilenos como un cuadro de cambiantes colores, de variados tintes i de perspectivas inimitables; i vió que las sangrientas batallas, las heróicas hazañas, la fabulosas luchas, el denodado valor de nuestros abuelos i los arrebatos de nuestros primeros mandatarios

habian sido ya escritos por notables historiadores; pero al mismo tiempo vió que al lado de Henriquez, de San Martin, de O'Higgins, de los Carreras i de Rodriguez, figuraban adalides hermosas i enamoradas como Clorinda, valientes i altivas como Juana de Arco, i sublimes como Dido, cuyos hechos se perdian en las pájinas indijestas de algun cronista o solo se conservaban incoherentes e incompletos en las leyendas populares.

Entónces cruzó por su imajinacion la idea de reunir en un libro los rasgos i perfiles mas sobresalientes de tanta beldad i de tanta guerrera.

¡Feliz idea!

La mujer de la independencia se abre con algunas líneas sobre la *Jeneracion de 1810*, en donde investiga las causas porque de la sociedad colonial abatida, perezosa e insensible, pudo nacer una jeneracion tan bizarra i varonil que tuvo las fuerzas suficientes para hundir en los campos de batalla el despotismo español i levantar sobre sus ruinas orgullosa, imponente i coronada de gloria i majestad una república jóven, llena de vida i de entusiasmo.

En seguida pinta la influencia poderosa que tuvo en las mujeres un patriota de «figura pálida i sentimental, de ojos ardientes i de sonrisa melancólica» llamado Camilo Henriquez, patriota que descuella en la revolucion como el símbolo de la audacia i de la inquebrantable firmeza de carácter.

En seguida entra de lleno al estudio particular de las mujeres de la independencia.

Agrupadas con arte i bosquejadas con brillo i elegancia aparecen Ana Maria Cotapos noble, resignada i hermosísima como un ideal poético;

Javiera Carrera, encarnacion de la célebre Mme. Roland; Luisa Recabárren, tipo de la mujer resuelta i decidida; Agueda Monasterio de Lattapiat, heroina propia de leyenda que soporta una dura prision por ser favorita de los patriotas, que se le levantó una horca para asesinarla, i que murió a consecuencia de los crímenes que se fraguaron contra ella; Rosario Rosales, jóven encantadora, casi una niña, que a despecho de mil sinsabores consiguió acompañar a su anciano padre a la roca árida i desierta de Juan Fernandez; Mercedes Fuentecilla, mujer de don José Miguel Carrera, esposa sin rival que siguió a su marido en los campos de batalla, en las pampas desoladas, en caminos pedregosos, i que lloró hasta su muerte sobre la tumba que encerraba la mitad de su alma; Paula Jara Quemada, que se arrojó como un leon sobre las bayonetas de un piquete de españoles que quisieron ultimarla por no entregar las llaves de sus bodegas i que les impuso con su mirada de águila i su audacia; Manuela Rosas que se comió una carta comprometente por no entregársela al infame San Bruno; Maria Cornelia Olivares, enérjica como la madre de los Gracos, que soportó una larga prision i el escarnio salvaje de rapársele el cabello i las cejas en castigo de alentar con su voz i su ejemplo a los patriotas; Candelaria Soto, que a fuerza de voluntad escapó a los halagos de un esbirro español i que junto con su madre estuvo sepultada viva en un calabozo que era verdadera tumba; en fin, Antonia Salas, el ánjel de guarda de los pobres, de los enfermos i de los desamparados de la fortuna. El libro concluye con una breve reseña de las mujeres anónimas.

III.

Por el rápido resúmen que hemos hecho se podrá juzgar el vivísimo interes de la obra que analizamos.

Ademas del valor intrínseco de la materia elejida por el autor, está escrita con estilo animado i pintoresco; los hechos están narrados con precision i respiran la mas pura poesia; las descripciones son naturales i elegantes; la escenas detalladas i revestidas con un manto de flores; los retratos están bien delineados, sus contornos son artísticos i esculturales, sus perfiles propios de un pincel adiestrado; las ideas fluyen sin tropiezo i se deslizan suavemente.

El señor Grez ha concluido un libro interesante i ameno, que debe ser leido con ansias por las santiaguinas, i ser admirado i aplaudido por los hombres de buen gusto. Se lee como una novela que consta de varias protagonistas, cual de todas mas arrobadora, cual de todas mas atrayente i cual de todas mas encantadora.

Julio Bañados Espinoza.

Santiago, 17 de Diciembre de 1878.

(De *La Epoca*).

Hé aquí un libro por el cual declaro mis simpatías. Me atrae el fondo i me atrae la forma: no puedo negar mi admiración a esas mujeres dos veces escepcionales que supieron ser heroinas sin dejar de ser mujeres; ni puedo negarle mi aplauso a ese escritor espiritual, travieso i mundano que ha sabido ser historiador grave, sin dejar de ser escritor humorista.

Talvez yo pueda apreciar mejor que otros las dificultades de la empresa que con tanta fortuna ha acometido el señor Grez. Yo tambien he querido bosquejar esos retratos, he querido que brotase de mis pájinas ese perfume que irradia la figura de una mujer al asomarse por entre las hojas de un libro o entre las ramas de un árbol. Solo la mano de una madre o de una artista pueden tener la ternura, la emocion, esa delicadeza esquisita i necesaria para apartar las fibras del corazon de una mujer i dejarnos mirar en su interior sin profanar i sin hacerlo pedazos.

El que no tiene en su alma la reveladora inspiracion del arte o la santa caridad del ideal, está condenado a una triste espiacion si cede al deseo de querer pintar una mujer. En el mundo de los sueños como en el mundo de la vida, la mujer es una terrible tentadora, es la Esfinje inexorable para castigar la temeraria audacia del que se atreve a tomarla entre sus brazos sin tener la palabra de su eterno enigma,—esa palabra que el destino solo revela a sus escojidos en medio de la embriaguez de la pasion o los éstasis del arte. Por eso el que pinta a una mujer da la prueba ine-

quívoca de que ha tenido en su corazon i en su cerebro la llama de la inspiración creadora, i por eso tambien pintar una mujer es el sueño árabe de todos los que tienen en su mano una pluma.

En esa empresa fascinadora se ha lanzado el señor Grez con la audacia arrogante de un artista que se siente seguro de sus fuerzas i que tiene conciencia de que no le faltarán las alas al volar sobre el abismo. ¡I no le han faltado ni las fuerzas ni las alas! . . . .
. . . .

N. N.

Un libro verdaderamente interesante, de aquellos que se leen no solo con agrado i novedad sino con entusiasmo, es el que, con el título, ya por sí mui atrayente, de *Las Mujeres de la Independencia*, acaba de dar a la estampa nuestro excelente amigo don Vicente Grez.

Hemos recorrido con indecible placer las pájinas de ese libro que principiamos por hojear y concluimos por leer todo entero, tal es el interes que despierta cada uno de sus capítulos.

En efecto, Grez no se ha limitado, como por el título del libro pudiera creerse, a apuntar los rasgos biográficos más o menos detallados de las nobles mujeres que por sus actos alcanzaron una notoriedad en la época de nuestra independencia; sino que ha sabido hacer algo que no es ni una biografía, ni un libro de apreciaciones, sino que, participando de todo esto, es una interesante i viva conversación en que, al lado de los

rasgos sublimes de virtud patriótica llevados a veces hasta afrontar el martirio, se ve palpitante al traves de esas hermosas páginas el corazon del autor que al escribir ha sentido todas las emociones de sus nobles heroínas; ha sufrido con ellas i se ha sentido arrebatado por los mismos arrebatos de amor patrio que levantaron hasta la historia a aquellas santas madres, como Agueda Monasterio, a aquellas puras y hermosas jóvenes, como Candelaria Soto.

Es ese jeneroso entusiasmo del escritor el que, trasmitido a su libro, hace de éste una obra que se lee con interes y que hace gozar y sufrir con cada uno de sus personajes, porque el lector entra en relacion con ellos, les cobra afecto i sigue su suerte con verdadera ansiedad.

A esto se agrega un estilo fácil y lijero, sencillo i animado, lleno de calor y de vida, i dotado de esa elegancia tan necesaria al que pretende ser bien recibido por las damas.

A ellas, a esa hermosa porcion de nuestros lectores, recomendamos especialmente la obra de nuestro estimable amigo; porque, en la vida de tantas ilustres predecesoras, encontrarán las chilenas de hoi ejemplos hermosísimos de civismo i de amor patrio, sentimientos que siempre han tenido asiento en el corazon de las mujeres de esta tierra, pero que conviene excitar de cuando en cuando—sobre todo en esta época en que la sed del lujo i la vanidad apagan tantos otros impulsos del alma—no sea que la buena simiente sembrada en tierra inmejorable, vaya a perderse por falta de cultivo.....

. . . Basta abrir el libro, para sentirse impresionado ante la fascinadora hermosura de Ana

Maria Cotapos, esposa de Juan José Carrera, a quien los hombres de aquel tiempo quemaron el rico incienso de su admiracion i su alabanza; basta dar vuelta las hojas del precioso libro para oir la enérjica i sostenida voz de Javiera Carrera, hermana de los tres paladines de nuestra historia, heroína como ellos i desventurada tambien, como lo son siempre los héroes!

Al leer la pintura del salon de 1810, nos parece asistir al famoso *Baile de los Carreras*, en Setiembre de aquel año, i respirar su atmósfera de entusiasmo i vida nueva, que era el anuncio de los grandes dias que estaban por venir.

A las graciosas damas, que con sus delicadas manos habian formado la bandera blanca, amarilla i lacre, de la *Patria Vieja*, que festonaba las murallas de aquel sitio, no del placer únicamente, sino del compromiso i de las próximas jornadas, les estaba reservada una dura parte en en la obra del sacrificio i de la abnegacion, parte sublime que supieron llenar heróicamente las esposas de los valientes capitanes, las hijas de los proscritos, las hermanas de los ajitadores, las madres de los mártires!

¿Quién no admira en las animadas naraciones del señor Grez la simpática figura de Luisa Recabárren, la confidente de Manuel Rodriguez, la desterrada de 1814? ¿Quién no ve en Agueda Monasterio, madre de arrojados paladines, el tipo de la madre romana? ¿Quién no aplaude el ánjel del amor filial en Rosario Rosales, siendo la luz i el consuelo de los confinados en las rocas de Juan Fernandez?

Cada tipo de los elejidos por el señor Grez es un acabado modelo; i es una gloria para nuestro

Chile tachonar su historia con nombres como los anteriores i de los de Paula Jara, la reparadora de los desastres de Cancha Rayada; Manuel Rozas la admiradora i digna amiga de O'Higgins; de Maria Cornelia Olivares, eficaz i poderoso auxiliar de toda grande empresa; de Candelaria Soto, que en su valentía i pureza parece una poética creación de Walter Scott!

¡Feliz época aquella en que, en dulce consorcio, hombres distinguidos i adorables damas discutian i realizaban al calor del hogar bendito de la confianza i del aprecio las grandes ideas de amor i de virtud! Entónces no era el egoista Club, importacion europea, desvirtuada entre nosotros, el único centro de las reuniones de los hombres, que, sin razon, se quejan de la frivolidad de las mujeres, cuya agradable sociedad abandonan, castigándose ellos mismos con su alejamiento.

La vida de la intimidad doméstica, la vida de familia va desapareciendo, i con ello se acaban los tipos de mujeres de influencia, como las Cotapos, las Carrera, las Rozas, las Velasco; i se acaban tambien los tipos lejendarios, como Rodriguez, Freire, Rosas, Argomedo i tantos otros; hombres de salon, i al mismo tiempo ínclitos próceres en los campos de batalla, en el parlamento i en el foro.

Al concluir la lectura de libro del señor Grez se siente la tristeza que se esperimenta al ver ocultarse un paisaje halagador i encantado: la imajinacion quisiera seguir embalsamada en otros nuevos caractéres, que no es difícil encontrar en nuestra historia de ayer, pues faltan muchos eslabones que unir a la cadena de oro que nos ha presentado nuestro amigo.

¡Complete el señor Grez su hermosa galería! Tipos no faltan, por ventura, para dar brillo a nuestra edad, narrando las virtudes de nuestras damas de los últimos tiempos en este apartado pero no despreciable rincon americano. Aun viven palpitantes en nuestra memoria las odas i canciones de la inspirada poetisa que se llama doña Mercedes Marin: aun nos parece escuchar las notas de la hada favorita de la armonía, doña Isidora Zegers; aun sentimos las influencia que en todo sentido ejercia en su salones i el carácter atrayente i sociable de doña Luisa Toro; i frescas están todavia las lágrimas que nuestra ciudad acaba de verter por el ánjel de la caridad, doña Victoria Prieto de Larrain! . . .

Estos nombres de cariño i virtud tienen otros hermanos, que el señor Grez sabrá reunir i presentar a la jeneracion actual, como prueba de lo que puede llegar a ser la mujer en la sociedad moderna con solo dos auxiliares: la virtud i el estímulo!

J. A. Soffia.

Santiago, 10 de Diciembre de 1878.

INDICE